

SANTIAGO  
CARRILLO Y  
JOAQUÍN  
MAURÍN:  
POLÉMICA  
SOBRE LA  
UNIFICACIÓN  
MARXISTA

INTRODUCCIÓN  
DE YVELINE  
RIOTTOT  
Edición de  
Pepe  
Gutiérrez-  
Álvarez



## SANTIAGO CARRILLO Y JOAQUÍN MAURÍN: POLÉMICA SOBRE LA UNIFICACIÓN MARXISTA

### INTRODUCCIÓN DE YVELINE RIOTTOT Edición de Pepe Gutiérrez-Álvarez

**Momentos estelares en la historia del movimiento obrero: 1. el proyecto de un partido marxista unificado contra el fascismo y abierto a la unidad con la CNT.**

El movimiento obrero español fue la respuesta organizada a una estructura social atrasada y brutal en la que los trabajadores y las trabajadoras, literalmente no eran nada. Dicha respuesta conoció su primer “ensayo general” con la I República que demostró al menos dos cosas, que la oligarquía consideraba que las libertades podían ser utilizadas contra ella, y que la burguesía liberal temía más al laboralismo en ciernes que a la reacción. De ahí que optó por un “compromiso histórico” conservador-liberal en el que la monarquía, con la ayuda primordial de la Iglesia derivada de Trento y de los cuerpos represivos siguió funcionando hasta el agotamiento que permitió la llegada de la II República.

El proletariado militante español se estructuró bajo la inspiración de la Primera

Internacional cuyo cisma marxista-anarquista dio lugar a dos sectores diferenciados que raramente coincidió en la acción, el socialismo de referencias marxistas según la vulgata creada por la Internacional socialista clásica (1889-1914) y el anarquismo, reinventado como CNT en 1911 con una vertiente “antipartido”, la FAI, creada en 1927. Estas dos grandes corrientes lograron unos altos niveles de organización e influencia que culminaron durante la República en tres fases, la del bienio republicano-socialista (1931-1933), la del “bienio negro” reaccionario y la del Frente Popular y la guerra civil...ambas formaciones trabajaron por su propio proyecto, el reformista y el sindicalista revolucionario, sin plantearse seriamente la posibilidad de un acuerdo básica, a lo máximo, en los congresos cenetistas era obligado efectuar alguna referencia a la unidad con la UGT, siempre que esta rechazara su relación con el PSOE o sea que dejara de ser lo que era.

Estas dos grandes opciones coincidieron en momento claves como lo fue la huelga general de agosto de 1917, cuya derrota fue interpretada por el primer PCE como una muestra de que había que trabajar por una alternativa que unificara al movimiento obrero y a sus aliados en un frente común. En este terreno se situaban plenamente los debates en la III Internacional sobre el frente único, singularmente en su tercer y cuarto congreso desde los que se rectificaba la llamada “línea de ofensiva” que había demostrado en el cuadro de las crisis revolucionarias que siguieron la revolución de Octubre (en Alemania 1918-1919, Hungría 1918) sus limitaciones. Las clases dominantes habían aprendido de la experiencia rusa y no dudaron en utilizar a la derecha socialdemócrata como una última barricada en base a promesas de “democracia social” que en Alemania y Austria serían abandonadas en el momento en el que la revolución se replegaba. Luego vendría la reacción y la “contrarrevolución preventiva” escenificada por el fascismo en Italia.

Hasta 1933 al menos, las dos grandes formaciones de masas siguieron trabajando con sus propuestas clásica y contrapuesta. Mientras que el PSOE apostó por una coalición con los republicanos sobre criterios reformistas que en 1933 ya no daban más de sí, sobre todo ante la agitación y la recomposición de las derechas reaccionarias, la FAI imponía en la CNT una línea de “gimnasia revolucionaria” cuyo heroísmo no podía ocultar su dimensión delirante. Aquel mismo año tiene lugar el evento histórico más importante del siglo XX después de la revolución de Octubre: la victoria del partido nazi que se había abierto paso gracias a la “guerra fría” entre socialdemócratas apegados a la legalidad “progresista” de la República de Weimar y un partido comunista estalinizado o sea enloquecido, que siguiendo los criterios de Stalin consideran a la socialdemocracia como “hermana gemela” del fascismo y pregona que después de Hitler, será la hora de Ernst Thälmann.

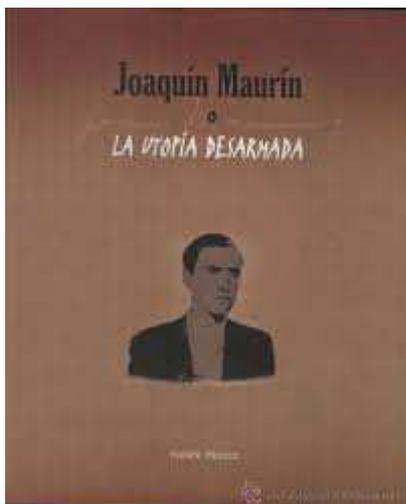
Fracaso de la coalición republicano-socialista, ascenso irresistible del nazismo que “enamora” a las derechas monárquicas y reaccionarias que entiende la experiencia alemana como una demostración de que es posible liberarse de la pesadilla de las agitaciones sociales, del “peligro rojo”...Nadie como León Trotsky ha analizado y advertido sobre este desastre. Sus artículos son publicados por sus partidarios y escuchados muy seriamente entre los sectores radicalizados del PSOE y la UGT a los que trata de conducir el veterano Largo Caballero con la ayuda de un equipo de intelectuales presidido por Luís Araquistáin –embajador español en Alemania en la fase final de Weimer-, pero sobre todo por las Juventudes Socialistas que también aquí en España conocen un proceso de crecimiento y radicalización.

Una radicalización que también se ha operado en el Bloque Obrero y Campesino liderado por Joaquín Maurín que conecta los artículos de Trotsky con sus propias reflexiones situadas en la línea del tercer y cuarto congreso de la Internacional Comunista. Fruto de esta convergencia será la Alianza Obrera que, aunque fracasada, será la tentativa más ambiciosa y unitaria de un movimiento obrero que en Cataluña no duda en plantearse colaborar con Companys y ERC en aras de los derechos democráticos nacionales. Asturias demostrará hasta donde podía llegar el UHP (¡Unión Hermanos Proletarios!), Cataluña por el contrario, demostrará las consecuencias del sectarismo faísta...La derrota produce un movimiento de reestructuración proletaria. La CNT se reunifica en mayo de 1936 en Zaragoza soñando con sus variantes de comunismo libertario. Por su parte, el PSOE de Largo

Caballero trata de convencer a bloquistas y trotskistas para que ingresen en su seno, que sean la sección catalana socialista bajo sus propios criterios. Se trataba además de contrarrestar a la derecha socialista, y Caballero-Carrillo llegan a aceptar condiciones propias de tendencias, el caso no era comparable al de los trotskistas en la SFIO. Será en este escenario donde tiene lugar la polémica entre Santiago Carrillo y Joaquín Maurín que acabará en un doble desencuentro.

En medio de este curso, la URSS y por lo tanto, el Komintern, operan un giro unitarista aunque bajo unos criterios coherentes con la política exterior de Stalin que pasa por un acuerdo con las potencias democráticas, por anteponer la “revolución democrática” a una revolución social que se convierte por arte de birlibirloque en una aventura que le hace el juego...al fascismo. Seguramente nadie como Carrillo (o Joan Comorera, su futura víctima) representará este giro después de un viaje a Moscú del que volverá totalmente cambiado. El mismo Carrillo que ayer insistía en que los “camaradas trotskistas y bloquistas” eran los marxistas más preparados, será el que en un mitin en Valencia a finales de 1936 cambie el discurso para ponerlo a la hora de los procesos de Moscú.

Indignados, el POUM recopilará los textos del debate entre Carrillo y Maurín y los publicará con un prólogo de Jordi Arquer que sustituirá a Andreu Nin en la secretaría política. El librito será recuperado en 1978 para una edición mallorquina de José J. de Olañeta editor con un prólogo de Ramón Molina (¿) escrito en clave que podíamos llamar “trotskista vulgar” o sea desde una óptica en la que lo que escribió Trotsky sobre la guerra de España resulta fuera de cualquier duda. En esta edición hemos sustituido el texto de Molina por el capítulo que Yveline Riottot dedicó a la polémica en su imprescindible biografía, *Joaquín Maurín o la utopía desarmada* (en una magnífica edición coordinada por las universidades de Reims y de Zaragoza) y que es hasta el momento el trabajo biográfico más elaborado sobre Joaquín Maurín, que entre 19133 y 1936 fue el más lúcido e inquieto de los marxistas hispanos amén del “alma mater” del BOC y por lo mismo, del POUM.

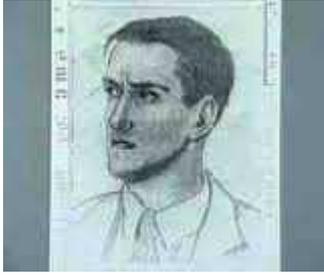


**Yveline Riottot**

### **Una introducción (\*)**

A partir del verano de 1933, la federación nacional de las Juventudes Socialistas constituye el principal apoyo del sector largocaballerista del Partido Socialista. Iniciada en 1932, la radicalización de las JS permite que su fracción acceda mayoritariamente a los órganos de la dirección durante su V Congreso, reunido en abril de 1934: Carlos Hernández Zancajo, presidente, Santiago Carrillo como secretario general, Segundo Serrano Poncela, miembro del CE. Al igual que Largo Caballero, eligen la vía revolucionaria y una política de alianza obrera teniendo como objetivo la implantación de la dictadura del proletariado. En palabras casi idénticas a las empleadas por Maurín, hacen

un llamamiento a una escisión necesaria del PSOE<sup>1102</sup>.



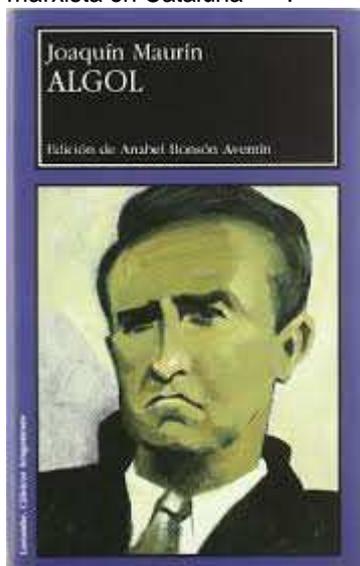
A comienzos de 1935, la FJS lanza una verdadera declaración de guerra al «centralismo» en su folleto *Octubre: segunda etapa*, en el que el momento se analiza como revolucionario, apareciendo los acontecimientos del mes de octubre como un ensayo general que ha servido para precipitar la radicalización de los dirigentes socialistas, lo que exige una unidad de táctica dentro del Partido que no existe y para la que las JS reafirman con fuerza la necesidad de "fomentar resueltamente la depuración del Partido"<sup>1103</sup>. Depuración y bolchevización serán las dos consignas constantes, entendiéndose la bolchevización como la adopción del modelo organizativo del centralismo democrático y, más aún, la transformación del PSOE en un partido revolucionario conforme al concepto leninista. En consecuencia, el marco de la II internacional se revela insuficiente y la FNJS se separa de la IOS, pidiéndole al PSOE que adopte la misma posición<sup>1104</sup>. Se plantea entonces la cuestión del movimiento internacional al que debe vincularse el socialismo español. Aunque poseen algunos puntos comunes con la IC, *rechazan* en bloque los acuerdos del Congreso de 1928 y el carácter centralista y dictatorial de la III Internacional. Además, al igual que Maurín, los dirigentes de las JS afirman en 1933 que la creación de una IV Internacional no haría más que producir una mayor confusión y una más amplia dispersión en el seno del proletariado" y que el problema consiste en ejercer influencia para lograr la unidad de las Internacionales marxistas<sup>1105</sup>.

*La Batalla* abre sus columnas a Santiago Carrillo y Carlos Hernández *Zancajo*, cuya colaboración es para Maurín "un índice de compenetración y de una colaboración general más intensa posible todavía"<sup>1106</sup>, tanto que ofrece al BOC la oportunidad de difundir *La Batalla* en Madrid<sup>1107</sup> y a Maurín de escribir en la prensa socialista<sup>1108</sup>, lo que permite ampliar las perspectivas de influencia fuera de Cataluña. Asimismo, las ediciones L'Hora vinculadas al BOC publican en 1935 un libro de Segundo Serrano Poncela, *"El Partido Socialista y la conquista del poder"*, con muchas influencias incluso al nivel de forma de *"Hacia la segunda revolución"* de Maurín. Como para Maurín, Alianza Obrera y partido marxista unificado han de ser los dos instrumentos de la transformación revolucionaria. El análisis, en términos de luchas -de clases, del primer bienio de la República es idéntico y comporta también una crítica de la "política republicana" del PSOE. Al igual que Maurín, percibe las rectificaciones en el partido y la UGT como un efecto de la radicalización de la base, crítica la actitud del PCE en lo que respecta a la Alianza Obrera antes de octubre de 1934 y asume en sus grandes líneas y sin objeciones las posiciones del BOC.



No obstante, del mismo modo que Largo Caballero, Serrano Poncela tiene reservas en cuanto a una Alianza Obrera Nacional. Además,

en el primer capítulo, escrito después del VII Congreso de la IC de agosto de 1935, - en el que se opera el nuevo viraje de la Internacional Comunista que rectifica sus posiciones anteriores por lo que respecta al «socialfascismo» y ensalza ahora el Frente Popular antifascista, táctica de alianza con los republicanos liberales sobre un programa de reformas democráticas<sup>1109</sup>-, Serrano Poncela, al hacer un llamamiento a la unidad sindical y política a nivel nacional e internacional, considera la posibilidad de la adhesión del socialismo español a la III Internacional. Este acercamiento de los dirigentes de las Juventudes Socialistas a la III Internacional tendrá lugar, efectivamente, durante el cuarto trimestre de 1935. La transición del largocaballerismo al comunismo se concretará mediante la fusión, en las Juventudes Socialistas Unificadas, de las Juventudes Comunistas y las Juventudes Socialistas en 1936, cuya dirección completa ingresará en el PCE algunos meses más tarde. Esta unión, que proporcionará al PCE la base que le faltaba, dará un severo golpe a Maurín y al BOC, que durante los primeros meses de 1935 pensaban realmente en lograr un acuerdo con las JS: "Nosotros tenemos una gran esperanza puesta en las Juventudes Socialistas. Si vosotros conseguís realmente que el Partido Socialista sea un partido marxista-leninista, entonces ¿qué razón de ser tendría el que continuáramos separados? Es evidente que en el momento en que la derecha y el centrismo del PS quedasen vencidos, nuestro núcleo no se mantendría independiente. Habrá llegado la hora de unificarse. Y nosotros aportaríamos una fuerte base marxista en Cataluña"<sup>1110</sup>.



En otras palabras, al menos en apariencia, los dirigentes de las Juventudes Socialistas todavía no muestran la orientación pro-comunista que comenzará a ser visible a finales de 1935. A primeros de año, la posición de las JS parece orientada hacia el fortalecimiento de la táctica aliancista con otros sectores marxistas revolucionarios y principalmente el BOC y la Izquierda Comunista. En efecto, sus primeras negociaciones con la Unión de Juventudes Comunistas, dependiente del PCE, en junio de 1934 se traducen en fracaso al rechazar la UJC a la Alianza Obrera como fórmula revolucionaria y al haber acusado las JS a los comunistas de aspirar al monopolio de la dirección revolucionaria<sup>1111</sup>. Sin embargo, las distintas concepciones del término "alianza" constituyen el escollo con el que tropiezan las negociaciones entre Maurín y el sector largocaballerista del PSOE y principalmente la federación nacional de las Juventudes Socialistas.

En julio de 1935 se instaura una polémica "cordial"<sup>1112</sup> en las columnas de *La Batalla* entre Maurín y Santiago Carrillo acerca de la conveniencia de la adhesión en bloque del BOC al PSOE. Dicha polémica se ha entablado ya desde hace varios meses entre bastidores. El 25 de mayo Carlos Hernández reprocha a Maurín el hecho de no mantener una posición "muy firme en cuanto a la «espera» de que depuremos nuestro Partido para ingresar en él. Usted sabe que desde dentro se contribuye más que desde fuera"<sup>1113</sup>. Sin embargo, Maurín sólo quiere hablar de un "acercamiento", argumentando con prudencia que "la unidad marxista revolucionaria se hará porque la revolución la necesita"<sup>1114</sup>, más aún cuando ya ha sido firmado un acuerdo de principio con la Izquierda Comunista y el núcleo dirigido por Compte<sup>1115</sup> (acuerdo que conducirá a la fusión oficial del BOC y de la izquierda Comunista en el Partido Obrero de Unificación Marxista), lo que le permite afirmar que ya existe "una minoría que, encarnando los deseos de la mayoría, empieza a realizarla en la *práctica* llevando un trabajo

convergente"<sup>1116</sup>.

A pesar de las evidentes reticencias de Maurín y de los bloquistas, Santiago Carrillo hace un llamamiento a la adhesión necesaria de todos los marxistas al Partido Socialista, no para "colaborar con el reformismo", sino para ayudar a "desalojarla (a la derecha)", y permitir así llevar a término "esa rectificación fundamental que se ha iniciado" que Maurín evoca en "*Hacia la segunda revolución*". Uno de los principales argumentos de Carrillo se basa en el espíritu de partido de las masas que se niegan a cualquier cambio desde el exterior: "Desde fuera todo intento renovador provocaría una reacción peligrosa del espíritu de partido y no lograría más que efectos negativos". Además, Carrillo arguye el prestigio que podrían sacar los maurinistas en caso de fracaso de la "depuración" del PS por parte del ala izquierda y de su consiguiente expulsión, pues habrían demostrado "a las masas su buena voluntad de unificar al proletariado, demostrada por los hechos y no con consignas que no se cumplen"<sup>1117</sup>.

# cahiers LEON TROTSKY



Bruno Guigue  Chronique d'une révolution annoncée  
Gary Tennant  L'Opposition communiste de Cuba (1930-33)  
Tico Jossifort  Le premier groupe trotskyste bulgare  
Agustín Guillamón  Un théoricien révolutionnaire : Josep Rebull

71

septembre 2000

Revue trimestrielle  Institut Léon Trotsky

Tres ejemplos concretos vienen a apoyar la demostración de Carrillo: la unificación del BOC y de la Izquierda Comunista, la entrada de un grupo de trotskistas en las JS y la adhesión de trotskistas franceses a la SFIO<sup>1118</sup>, ejemplos que Maurín rechaza en su totalidad: para él, no se trata de adhesión entre la Izquierda Comunista y el BOC, sino de fusión, basada en la elaboración de una plataforma durante un Congreso de fusión, cambiando así el nuevo partido de nombre. Por lo que se refiere a la entrada del grupo de trotskistas en las JS, ésta quedaría reducida a una solicitud de ingreso de cinco o seis trotskistas que todavía no han sido admitidos. Por último, la adhesión de la mayoría de la Liga

Comunista (trotskistas) francesa a las JS y por ello al PS fue seguida de una serie de medidas de expulsión contra sus líderes, así como de abiertas amenazas contra los demás pronunciadas por el último congreso<sup>1119</sup>: "Nadie nos *garantiza* que no nos ocurriera a nosotros lo mismo que ha sucedido en Francia a los trotskistas. [...]. Seríamos expulsados, como siempre se hace en estos casos, no todos sino unos cuantos, y los expulsados -me coloco entre ellos-, tendríamos que someternos individualmente a reemplazar un reagrupamiento, con la seguridad de que perderíamos muchas fuerzas. Si hiciéramos la escisión seríamos «escisionistas», cuando precisamente nuestra bandera ha sido de unidad marxista"<sup>1120</sup>. En otras palabras, "Adhesión, ingreso, o Fusión, unificación, sí"<sup>1121</sup>.

Carrillo, que en un primer momento afirma no pensar "en la cantidad, sino en la calidad"<sup>1122</sup>, pone por delante sin embargo el peso específico del PSOE debido al número de afiliados y a su proyección nacional, mientras el BOC "circunscribe su acción a Cataluña, sin intervenir en los problemas de conjunto del movimiento a través de un partido de vuelo nacional". De ello se deriva, según él, que "si el Partido Socialista tiene las masas, si es el eje del proletariado nacional, nadie podrá discutirle el derecho a exigir que los demás grupos se le sumen"<sup>1123</sup>. Para Maurín, "un partido no ha de ser un fin, sino un medio", y aunque la fuerza del BOC reside verdaderamente más en la solidez de su posición política que en la suma de sus efectivos, sin embargo le confiere una libertad inigualable: "Desde fuera, podemos defender ahora la unidad integral del movimiento obrero en su triple aspecto de unidad de acción (Alianza Obrera), unidad sindical (una sola central sindical) y unidad política (Partido Marxista único), cosa que no podríamos hacer dentro con la libertad necesaria"<sup>1124</sup>.

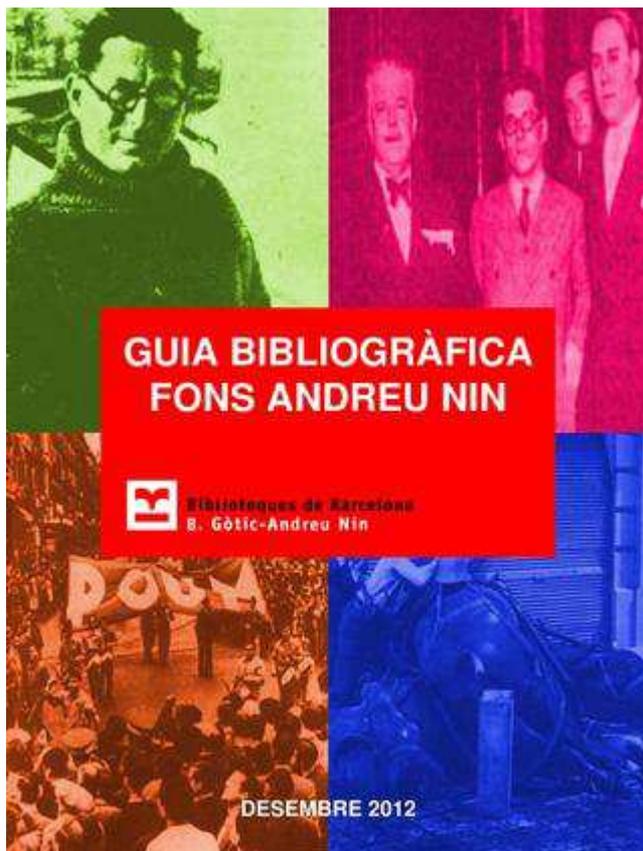


Además de los aspectos estratégicos, tácticos y organizativos, las divergencias a nivel doctrinal y teórico son para Maurín tantos argumentos, que determinan su rechazo a la adhesión. A Carrillo que le reprocha el tener "una concepción fatalista que no tiene parentesco fácil con el marxismo"<sup>1125</sup> cuando pone en duda la capacidad del ala izquierda para transformar el PSOE en un verdadero partido revolucionario, Maurín replica que el Partido Socialista "históricamente, no ofrece, en estos momentos, garantía alguna de que logre lo que Carrillo y yo deseáramos", puesto que el derecho a la hegemonía absoluta que trata de reivindicar Carrillo sólo descansa sobre la hipótesis de una "probable" bolchevización del PS después de la "probable" depuración. Como leninista ortodoxo, afirma que todo partido se encuentra condicionado por su historia, profundamente reformista en el caso del PSOE, cuyas huellas se convierten en una época revolucionaria "en verdaderos impedimentos [...] lo que llevó a Lenin al reconocimiento de la necesidad de constituir en todos los países nuevos partidos, sin el lastre del pasado"<sup>1126</sup>. A nivel teórico, además de que el término "bolchevizar" le parece "una expresión enormemente peligrosa" que sólo debe entenderse en el sentido de "hacer un partido socialista capaz de *realizar* lo que hizo el partido de Lenin", Maurín subraya que "la posición teórica que

mantienen tanto las JS como el ala izquierda del PS, si es cierto que constituye un gran paso adelante, dista, sin embargo, de ser lo que conviene" acerca de los cuatro puntos teóricos fundamentales: el carácter de la revolución, la cuestión agraria, la cuestión nacional y el problema de la unificación del movimiento obrero.

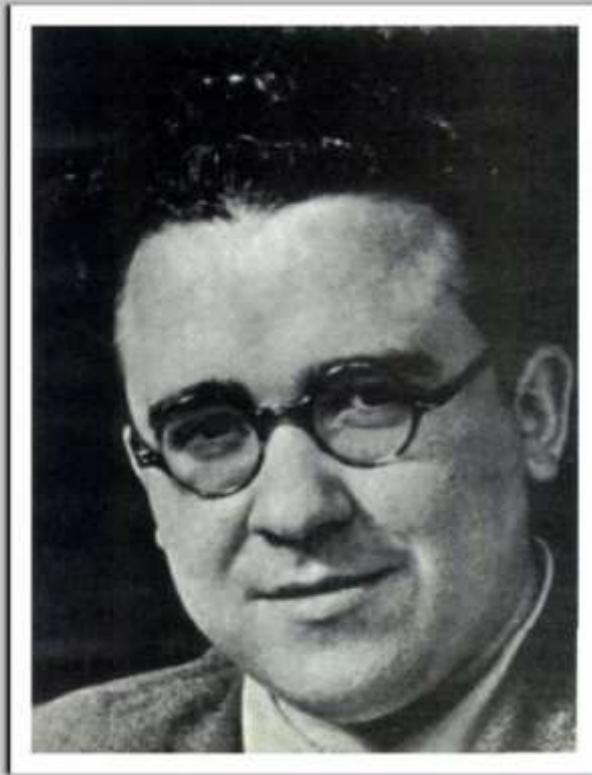
Para Maurín, una condición fundamental e indispensable para la bolchevización reside en la interpretación justa del carácter histórico de la Revolución, es decir, democrático, revolución de la que sólo el proletariado podrá realizar el aspecto burgués, permaneciendo, sin embargo, muy ligado a la revolución socialista. Por consiguiente, Maurín afirma que mientras los socialistas de izquierda no partan de la interpretación que "la revolución que vivimos es democrático-socialista" y no democrático-burguesa, "no hay posibilidad de adaptar la táctica a una norma bolchevique". En este sentido, la diferencia entre la izquierda y el centro sigue siendo, según él, simplemente táctica. Acerca del problema agrario, Maurín reprocha a los socialistas la falta de resolución oficial rectificando la posición defendida por el PS reformista y reclamando un reparto de la tierra sin indemnización<sup>1127</sup>. Además, Maurín interpreta unas palabras de Carrillo según las cuales "(los socialistas) no tienen más que volver a su programa en el que se establece la necesidad de organizar el país en una Confederación republicana de nacionalidades ibéricas"<sup>1128</sup> como la prueba de una incomprensión anacrónica de la cuestión nacional, en la medida en que la consigna de Confederación republicana de nacionalidades ibéricas "evidencia que la revolución ha de mantenerse dentro del marco simplemente burgués, republicano", mientras que es necesario defender la formación de una "Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas"<sup>1129</sup>.

Por último, como el problema de la unidad constituye a los ojos de Maurín el eje de todas las perspectivas, éste se niega "a adoptar una posición que implique hipotecar nuestra interpretación doctrinal y táctica"<sup>1130</sup>. Para Carrillo, la consigna de dar a la Alianza Obrera una dirección nacional es "inaceptable" en la medida en que "la AO agrupa a las organizaciones más heterogéneas del movimiento obrero, [...], que no podrían reunirse en un mismo instrumento de unidad orgánica" debido a sus divergencias ideológicas. Por esta razón, las Alianzas Obreras han de ser, según él, "únicamente órganos, instrumentos de lucha" que lo "serán, lógicamente de poder" tras la victoria. En consecuencia, el trabajo de los socialistas dentro de las AO debe tender a convertirlas en "instrumentos de transición hacia la unidad orgánica", unidad que sólo puede llevarse a cabo "en el seno del viejo y glorioso Partido Socialista, puesto que posee fuerza, calidad y prestigio"<sup>1131</sup>.



Carrillo explica la actitud adoptada por el Partido Socialista frente a la Alianza Obrera mediante el hecho de que el PSOE "no tolera que en ningún caso la Alianza le desplace. Que no renuncia a ser el Partido dirigente de la clase obrera, lo cual es bien legítimo"<sup>1132</sup>. La respuesta de Maurín constituye una condena inapelable: "Cuando un partido obrero encuentra una contradicción entre sus objetivos y los objetivos generales del movimiento obrero, es que ese partido está lejos de encarnar, en realidad, la aspiración progresiva del conjunto de la clase trabajadora. Si el Partido Socialista teme a la Alianza Obrera, el PS ni remotamente ha adquirido el derecho hegemónico a la dirección del proletariado"<sup>1133</sup>. En otras palabras, Maurín considera la posición adoptada por las JS de arrogarse el papel de crisol de la unidad como "objetivamente contraria a la unificación"<sup>1134</sup> sobre el plano estratégico y táctico en la medida en que reproducen "lo que hacen los anarquistas cuando dicen: frente único, de acuerdo, pero dentro de la CNT"<sup>1135</sup>. De hecho, aunque las discusiones entre Maurín y Carlos Hernández proseguirán hasta noviembre de 1935, se espaciarán al cabo de los meses, al ser las bases estratégicas y doctrinales de la revolución tan poco negociables para Maurín como la cuestión organizativa para los socialistas. A finales de septiembre, Maurín pone como condición *sine qua non* a un posible acuerdo con el Partido Socialista cuatro puntos fundamentales sobre los cuales Maurín exige su pronunciamiento:

- 1) El reconocimiento de la Alianza Obrera como organismo de lucha, de unidad de esfuerzos en la primera fase, insurreccional después e instrumento de poder en último lugar;
- 2) La necesidad de la unidad sindical en una central unitaria;
- 3) El reconocimiento de que la revolución actual es de carácter democrático-socialista y que, por consiguiente, se adopte el punto de vista clásico del bolchevismo sobre la cuestión agraria y la cuestión nacional;
- 4) Que el partido unificado sea un todo homogéneo, sin fracciones<sup>1136</sup>. En respuesta a este «ultimátum», los dirigentes socialistas suspenden su colaboración dentro de la Alianza Obrera "mientras duren las controversias para evitar torcidas interpretaciones y mantenernos cada uno dentro de nuestras posiciones"<sup>1137</sup>.



A comienzos de noviembre, Maurín rompe de manera implícita las negociaciones concretas. Las dos organizaciones no han llegado a ningún otro entendimiento más que el acuerdo inicial sobre la finalidad de sus objetivos y es desengañado y fatalista que confía al tiempo el hecho de "encargarse, esperémoslo, de resolver lo demás"<sup>1138</sup>. Además, desde el mes de septiembre en que se celebró en Moscú el VI Congreso de la Internacional de Juventudes Comunistas al que asistió una delegación de las Juventudes Socialistas españolas, se ha efectuado un progresivo acercamiento entre las Juventudes Comunistas y las JS. Para Maurín una posible adhesión de las JS a la III Internacional sería incompatible con cualquier negociación de unificación: "Creo verdaderamente que si triunfara entre vosotros el punto de vista de ir a la III Internacional, la unidad marxista que hoy es posible, quedaría imposibilitada para mucho tiempo. Nosotros hemos hecho la experiencia de Moscú y no os deseamos, francamente, que tengáis que hacer lo mismo"<sup>1139</sup>.

De hecho, este acercamiento desembocará en la firma de acuerdos de fusión entre las JC y las JS durante congresos de unificación locales entre marzo y abril de 1936, en los que Maurín observará "un caso de evidente absorción de los comunistas oficiales, hábilmente hecha por los socialistas", a los que aconseja no obstante que permanezcan alertas, porque "no hay que creer que Moscú, aun cuando acepte la «absorción» renuncie, sin embargo, a sus propósitos hegemónicos sobre el movimiento obrero"<sup>1140</sup>. Por otra parte, la interpretación maurinista de la correlación de fuerzas dentro del Partido Socialista como favorable a los sectores reformistas y sus dudas en lo que se refiere a una probable radicalización del Partido por medio de la expulsión del centro y del ala derecha se ven confirmadas poco después. Efectivamente, en diciembre de 1935 Largo Caballero dimite de la presidencia del Comité Ejecutivo, así como el secretario general y dos miembros del CE. Como consecuencia de ello, el CE y el Comité Nacional y también el diario *El Socialista* pasarán a ser controlados por el centro derecha.



No obstante, Maurín no abandonará la esperanza de convencer al ala izquierda del PSOE de la necesidad de unificación, base de su concepción general de la recomposición de los espacios políticos de izquierda desde 1933. En el momento de la fusión del BOC y la Izquierda Comunista, el nombre dado al nuevo partido, Partido Obrero de Unificación Marxista, posee para Maurín doble valor: poner un fin a la confusión con el comunismo estaliniano por la sustitución de comunista por marxista y, sobre todo, dar a "entender que se buscaba la unificación con otro sector marxista, y no había otro que el Partido Socialista Obrero Español"<sup>1141</sup>. En el momento de la creación del POUM se acentúa el hecho de que, si bien "han sido asentadas definitivamente las bases del Partido Bolchevique de nuestra revolución"<sup>1142</sup>, el nuevo partido "no es todavía el Partido Único deseado"<sup>1143</sup>, aunque es "el primer paso importante hacia la constitución del gran partido obrero socialista revolucionario que el proletariado español necesita"<sup>1144</sup>, en la medida en que "la unificación parcial lograda por el Bloque Obrero y Campesino y la Izquierda Comunista, que durante años se habían combatido, constituye la prueba irrefutable de la posibilidad de la unificación total"<sup>1145</sup>. Como consecuencia, el Partido Socialista y el Partido Comunista, al no poder "tener la pretensión de considerarse en este momento [...] como centro del partido de la Revolución"<sup>1146</sup> más que el BOC y la Izquierda Comunista, no tendrán "otra alternativa que plantearse el problema y pronunciarse"<sup>1147</sup>. De modo que "el partido unificado, con personalidad, programa y finalidad bien destacados, se integrará, sin embargo, al movimiento de unificación marxista revolucionario, tan pronto como el principio de la unidad marxista haya triunfado en el Partido Socialista y en el Partido Comunista"<sup>1148</sup>.

En este sentido, el POUM hace del problema de la unificación revolucionaria el eje central de su acción<sup>1149</sup>. Como prueba de la voluntad de lograr la unidad política, el CE del POUM propone al PSOE y al PCE en mayo de 1936 la creación de un comité de enlace entre los tres partidos, que "presidirá la discusión doctrinal y táctica como primer paso a la unidad socialista revolucionaria"<sup>1150</sup>. Este llamamiento responde a las palabras de Largo Caballero según las cuales "el POUM ha de formar asimismo parte integrante de la unidad marxista"<sup>1151</sup>, palabras que éste habría pronunciado en Madrid en la primavera de 1936 en una larga entrevista con Maurín, en el transcurso de la cual este último le hubiera propuesto que el POUM se fusionara con el PSOE para reforzar la posición de Largo Caballero frente al Partido Comunista y el sector prietista, una fusión a la que Nin se hubiera opuesto firmemente<sup>1152</sup>. En julio, a continuación de la negativa opuesta a la creación del comité de enlace, el CE del POUM se dirige directamente a la base del Partido Socialista y de las Juventudes Socialistas, donde "abundan los elementos sanos que buscan sinceramente el camino de la revolución"<sup>1153</sup>. Principalmente apunta a la Federación Catalana del Partido Socialista que, aunque poco importante en número, posee "algunos buenos camaradas [...] bien dispuestos a discutir con nosotros" y a cuyo representante, que trataba de exponer durante el Pleno nacional del PSOE la necesidad de mantener relaciones con el nuevo partido, Indalecio Prieto le rogó que "se dejara de tonterías"<sup>1154</sup>. En otras palabras, para Maurín, el POUM sólo representa la primera fase del proceso de construcción del partido socialista revolucionario que seguirá queriendo constituir sobre la base marxista-leninista innegociable de unidad de acción, unidad sindical y unidad política en el marco de una revolución democrático-socialista, teniendo como eje de referencia el ala izquierda del PSOE con o sin sus dirigentes.

## Notas

1097. "Acta de la segunda reunión". *Justicia Social*, Barcelona, nº 8, 25 de mayo de 1935; *Catalunya*

- Insurgent*, nº 4, 1 -10 de mayo de 1935; *Octubre*, 19 de abril de 1935, *Acción*, nº 7, 1 de mayo de 1935.
- 1098.** "Acta de la reunión del día 13/04/1935", Archivos del PCE, Madrid; "Acta de la tercera reunión", *Justicia Social*, Barcelona, nº 8, 25 de mayo de 1935 y *Catalunya Insurgent*, nº 4, 1-15 de mayo de 1935.
- 1099.** *Ibid.*
- 1100.** "Acta de la primera reunión", *Justicia Social*, Barcelona, nº 8, 25 de mayo de 1935; *Acción*, nº 7, 1 de mayo de 1935.
- 1101.** "Acta de la reunión del día 13/04/1935", Archivos del PCE, Madrid; "Acta de la tercera reunión", *Justicia Social*, Barcelona, nº 8, 25 de mayo de 1935 y *Catalunya Insurgent*, nº 4, 1-15 de mayo de 1935.
- 1102.** *Renovación*, nº 45, 1 de septiembre de 1934.
- 1103.** Federación Nacional de las Juventudes Socialistas: *Octubre, segunda etapa*, Madrid, 1935, p. 123.
- 1104.** *Ibid.*, p. 142.
- 1105.** Fed-Mel (Federico Melchor): "¿Hacia la IV Internacional?", *Renovación* (Madrid), nº 111, 30 de septiembre de 1933. Federico Melchor es dirigente de las JS y miembro de la redacción de *Renovación*, el órgano de la Federación Nacional de las JS.
- 1106.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 18 de mayo de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.
- 1107.** Cf. correspondencia entre Maurín y Carlos Hernández: carta de Maurín del 31 de mayo y 30 de junio, | carta de Hernández del 5 de junio de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.
- 1108.** *Leviatán*, revista socialista dirigida por Luis Araquistain, publicará tres artículos teóricos de Maurín: "El problema agrario en Cataluña", nº 4, agosto de 1934, "El movimiento obrero de Cataluña", nº 6, octubre de 1934, "la unidad internacional del proletariado", nº 10, febrero de 1935; *La Vanguardia de Guadalajara*, órgano de las Juventudes Socialistas, publicará al menos un artículo: "Hacia la unificación marxista", en agosto de 1935 (reproducido *La Batalla*, nº 214, 23 de agosto de 1935, p. 3).
- 1109.** Amaro del Rosal: *Los congresos obreros internacionales en el siglo XX*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1975, p. 227.
- 1110.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 18 de mayo de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.
- 1111.** Federación de Juventudes Socialistas de Vizcaya: *Actas de las reuniones celebradas sobre frente único por las delegaciones del Comité Central de la UJC y de la Comisión Ejecutiva de la FJS los días 26 y 30 de julio de 1934*, Bilbao, S.A., p. 9 y siguientes; citado por Marta Bizcarrondo: *Araquistain y la crisis socialista en la II República -Leviatán (1934-1936)*, Ed. Siglo veintiuno de España, Madrid, 1975, p. 191.
- 1112.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 6 de noviembre de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.
- 1113.** Carta de Carlos Hernández a Maurín, 25 de mayo de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.
- 1109.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 31 de mayo de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California
- 1115.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 18 de mayo de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.
- 1116.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 31 de mayo de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad e Stanford, California.
- 1117.** Santiago Carrillo: "El Partido Socialista y la unificación de la clase trabajadora", *La Batalla*, nº 211, 2 de 1935, p. 4.
- 1118.** Santiago Carrillo: "El Partido Socialista y la unificación de la clase trabajadora - *La Batalla*, nº 212, de 1935, p. 4.
- 1119.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - , *La Batalla* nº 213, 16 de agosto de 1935, p. 4.
- 1120.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - III", *La Batalla* nº 2 (217), 20 de septiembre de 1935, p. 4.
- 1121.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - I", *La Batalla* nº 213, 16 de agosto de 1935, p. 4.
- 1122.** Santiago Carrillo: "El Partido Socialista y la unificación de la clase trabajadora - I", *La Batalla*, nº 211, 2 de agosto de 1935, p. 4.
- 1123.** Santiago Carrillo: "El Partido Socialista y la unificación de la clase trabajadora - II", *La Batalla*, nº 212, 9 de agosto de 1935, p. 4.
- 1124.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - III". *La Batalla*, nº 2 (217), 20 de septiembre de 1935, p. 4.
- 1125.** Santiago Carrillo: "El Partido Socialista y la unificación de la clase trabajadora - II". *La Batalla*, nº 212, 9 de agosto de 1935, p. 4.
- 1126.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - I", *La Batalla*, nº 213, 16 de agosto de 1935, p. 4.
- 1127.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - II", *La Batalla*, nº 215, 30 de agosto de 1935, p. 4. Artículo muy censurado y reproducido íntegramente en *La Batalla*, nº (1) 216, 13 de septiembre de 1935, p. 4.
- 1128.** Santiago Carrillo: "El Partido Socialista y la unificación de la clase trabajadora - II", *La Batalla*, nº

212, 9 de agosto de 1935, p. 4.

**1129.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - II", *La Estalla*, nº 215, 30 de agosto de 1935, p. 4. Artículo muy censurado y reproducido íntegramente en *La Batalla*, nº (1) 216, 13 de septiembre de 1935, p. 4.

**1130.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - III", *La Batalla*, nº 2 (217), 20 de septiembre de 1935, p. 4.

**1131.** Santiago Carrillo: "Unidad de acción y unidad orgánica", *Asturias*, 26 de octubre de 1935.

**1132.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - III". *La Batalla*, nº 2 (217), 20 de septiembre de 1935, p. 4.

**1133.** Santiago Carrillo: "El Partido Socialista y la unificación de la clase trabajadora - II". *La Batalla*, nº 212, 9 de agosto de 1935, p. 4.

**1134.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - I", *La Batalla*, nº 213, 16 de agosto de 1935, p. 4. Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - 1", *La Batalla*, nº 213, 16 de agosto de 1935, p. 4.

**1135.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 30 de junio de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.

**1136.** Joaquín Maurín: "A propósito de los artículos de Carrillo - El problema de la unificación marxista - III", *La Batalla*, nº 2 (217), 20 de septiembre de 1935, p. 4.

**1137.** Carta de Carlos Hernández a Maurín, 28 de octubre de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.

**1138.** Carta de Maurín a Carlos Hernández, 6 de noviembre de 1935, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.

**1139.** Ibd.

**1140.** Joaquín Maurín: "La cuestión de la unificación obrera - ¿"Unificar" para escindir después?", *La Batalla*, nº 248, 24 de abril de 1936, p. 1.

**1141.** Carta de Joaquín Maurín a Pierre Broué, 18 de mayo de 1972, archivos Maurín. Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California.

**1142.** "Un hecho trascendental - El Partido Obrero de Unificación Marxista", *La Batalla*, nº6 (221), 18 de octubre de 1935, p. 1.

**1143.** "Partido Obrero de Unificación Marxista", *La Batalla*. nº 210, 26 de julio de 1935, p. 1.

**1144.** "El Congreso de unificación del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista - Constitución del Partido Obrero de Unificación Marxista", *La Batalla*, nº 5 (220). 11 de octubre de 1935, p. 1. "Un hecho trascendental - El Partido Obrero de Unificación Marxista", *La Batalla*, nº 6 (221), 18 de octubre de 1935, p. 1. "Entreviú con Joaquín Maurín a propósito de la unificación comunista", *La Batalla*, nº 207, 4 de julio de 1935, p. 8.

**1145.** "El Partido Obrero de Unificación Marxista al proletariado español", *La Batalla*, nº 5 (220), 11 de octubre de 1935, p. 8. "Resoluciones del Congreso de unificación del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista - El problema de la unificación marxista", *La Batalla*, nº 6 (221), 18 de octubre de 1935, p. 4.

**1146.** "Resoluciones del Congreso de unificación del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista El problema de la unificación marxista", *La Batalla*, nº 6 (221), 18 de octubre de 1935, p. 4.

**1147.** "Partido Obrero de Unificación Marxista", *La Batalla*, nº 210, 26 de julio de 1935, p. 1.

**1149.** "La fusión del Bloque Obrero y Campesino y de la Izquierda Comunista es un hecho", *La Batalla*, nº 4 (219), 4 de octubre de 1935, p. 1. "Un hecho trascendental - El Partido Obrero de Unificación Marxista", *La Batalla*, nº 6 (221), 18 de octubre de 1935, p. 1.

**1150.** "El problema de la unificación marxista - Resolución del Comité Ejecutivo del POUM", *La Batalla*, nº 253, 29 de mayo de 1936.

**1151.** "Reunión del Comité Central del POUM", *La Batalla*, nº 247, 17 de abril de 1936, p.

**1152.** Carta de Maurín a Pierre Broué, 18 de mayo de 1972, archivos Maurín, Instituto Hoover, Universidad de Stanford, California. Desafortunadamente, ningún documento histórico viene a confirmar esta afirmación.

**1153.** "Manifiesto del Comité Central del POUM a la clase trabajadora española", *La Batalla*, nº 260, 17 de julio de 1936, p. 4.

**1154.** "Acta de la reunión del Comité Central del POUM", 5 y 6 de enero de 1936, archivos de la Fundación Pablo Iglesias, Madrid.



## 1. Razones que abonan nuestra invitación.



Un artículo mío, publicado en "La Batalla", sin ánimo ninguno de polémica, ha merecido los honores de otro de respuesta por parte de Joaquín Maurín. Me interesa aclarar el mío, que sólo al final, y como al sesgo, hacía una alusión a la necesidad del ingreso de todos los marxistas en nuestro Partido. A esto obedece, sin duda, que Maurín haya dado a mis palabras una interpretación torcida, y que construya el edificio de su dialéctica sobre una base falsa. En efecto, "Decir: *ingresad en el Partido Socialista* es plantear un problema de una manera abstracta". Circunscribiendo así los términos de la cuestión, Maurín estaría en posesión de toda la razón cuando añade después: "Lo que importa no es que los comunistas nos unamos a Besteiro y a Prieto, sino que los comunistas y los socialistas de izquierda nos encontremos y marchemos juntos, lo cual no es precisamente lo mismo."

Sin embargo, la cuestión es bien distinta. Nosotros no invitamos a los marxistas españoles, no encuadrados en nuestro campo, a venir a colaborar con el reformismo y mucho menos, a esterilizar sus esfuerzos bajo una dirección reformista. No; nuestra posición dentro del Partido se caracteriza por la intransigencia frente a aquella tendencia, por cuya separación luchamos. Mal habrían de conciliarse esta intransigencia y el planteamiento, *de una manera abstracta*, del ingreso de otros grupos obreros en nuestro Partido. Si la invitación se hiciera en un período normal, serían justas las reservas del camarada Maurín. Pero el Partido Socialista no atraviesa, precisamente, una etapa de normalidad interna. A tal punto es esto cierto que la polémica ha trascendido, sonoramente, a la calle. Y hoy es del dominio público que en el Partido Socialista hay una pugna que no puede resolverse sin la eliminación de unos u otros: marxistas o reformistas. Restablecer la unidad es ya imposible, porque las masas socialistas ven claramente cuáles son sus problemas. Maurín lo reconoce en su libro *Hacia la segunda Revolución*. "El Partido Socialista ha hecho la experiencia reformista, *constatando* al final de ella, que la prueba ha estado a punto de producir la catástrofe en el Partido."



Luego si el Partido ha sido capaz de *constatar* el fracaso de la prueba reformista, sabrá también depurar, para evitar la

catástrofe.

Cuando nosotros invitamos a los demás núcleos obreros a ingresar, no pensamos en la cantidad, sino en la calidad. No en que colaboren con la derecha, sino en que nos ayuden a desalojarla, ayudándonos a plantear los problemas con mayor claridad y mayor justeza. Por otra parte, nosotros conocemos las reacciones que el espíritu de partido provoca en nuestras masas: desde dentro, con la bandera del Partido en las manos, la victoria será no sólo posible, sino probable; desde fuera, todo intento renovador provocaría una reacción peligrosa del espíritu de partido, y no lograría más que efectos negativos.

En la página 81 del libro *Hacia la segunda Revolución*, Maurín dice:

"Las masas obreras que siguen al Partido Socialista han llegado, después del experimento hecho, a la conclusión de que únicamente por la Revolución violenta, la clase trabajadora conseguirá emanciparse definitivamente. Y en el Partido Socialista se ha iniciado una rectificación fundamental."

Pues/ para llevar a su término esa *rectificación fundamental* que se ha *iniciado*, para vencer "la crisis que vive ahora el Partido Socialista" —son palabras del artículo de mi cordial contradictor que no se compaginan con el resto del trabajo— es para lo que pedimos el ingreso de todos los marxistas en aquél.

Vea el camarada Maurín como nuestra invitación no tiene nada de abstracta, ni propende a cortar las energías revolucionarias de quienes puedan unírseles.



¿Que perderíais con la experiencia aunque el reformismo triunfase?

Maurín da por descontado en su artículo, que el Partido Socialista no podrá "bolchevizarse", es decir, que está condenado a ser constantemente un partido socialdemócrata. Tal conclusión se contradice con algunos períodos de su libro ya citado. Pero sobre esto volveremos más adelante. Admitamos ahora, para el razonamiento, la hipótesis de que tiene razón.

Desde luego, no es él solamente quien piensa así. Por hechos aislados, por noticias sueltas, sabemos que otros sectores obreros, singularmente el comunismo oficial, piensan lo mismo. Estiman que el socialismo español es incapaz de depurarse, de tomar una línea decididamente revolucionaria. En esta situación, y reconocida la vitalidad de la izquierda socialista, su solidez ideológica, incompatibles con la coexistencia permanente al lado de una fracción reformista, el comunismo considera fatal nuestro desgajamiento voluntario o forzado del Partido Socialista, y cree poder aprovecharle para dar savia nueva a la III Internacional.

Ya he dicho que volveré más adelante sobre la cuestión. Por ahora imaginemos, amigo Maurín, que la victoria del centrismo y del reformismo en nuestro Partido sobreviniera irremediamente, a pesar del ingreso del Bloque, por ejemplo. Que la eliminación no se hiciera en nuestro seno abriendo la puerta a la derecha, sino a la izquierda. ¿Que perderíais vosotros?

Al salir tendríais más prestigio que cuando entrasteis; mucho más. Podríais hacer ver a las masas obreras vuestra buena voluntad de unificar al proletariado, demostrada por los hechos y no con consignas que no se cumplen. Habríais ganado terreno entre las masas socialistas, yendo hacia ellas, educándolas, e incluso atrayéndolas en vuestra salida. De ser realidad vuestras previsiones

respecto al porvenir del Partido Socialista, si éste llegase a caer en manos de la derecha, seríais como esos ríos que desaparecen momentáneamente bajo tierra, para reaparecer poco más allá con más caudal y poder. ¿Qué temores podéis sentir de intentar la experiencia si aún en el caso más desfavorable, de un triunfo reformista, saldríais más fortalecidos? ¿Lenin ha dicho que el proletariado sólo puede temer el contacto con otras fuerzas, cuando no está seguro de su conciencia y de su capacidad? ¿Por qué lo teméis vosotros, aun en la peor de las contingencias?

Porque yo no quiero llegar a creer, como algunos, que lo que os atemoriza es precisamente que el Partido Socialista se bolchevice.

## 2. La depuración del socialismo español probable y próxima



Y ¿por qué no hemos de conseguir la bolchevización del Partido Socialista? He aquí un error que yo considero fundamental en el trabajo del camarada Maurín. Se trata de una concepción fatalista que no tiene parentesco fácil con el marxismo. "No hemos visto caso de partido de tipo socialdemócrata —dice Maurín— en el que la tendencia bolchevizante haya acabado por prevalecer. En el alemán como en el francés, en el belga como en el de Holanda, Suecia y Austria, el ala izquierdista partidaria de una posición revolucionaria ha sido inveteradamente aplastada. No sabemos por qué razón en España las cosas tendrían que desarrollarse de otro modo."

Este fatalismo es parejo al de aquellos que tienen interés en que esta Sociedad no desaparezca y razonan de la forma peregrina siguiente: como *siempre ha habido pobres y ricos*, es de todo punto imposible subvertir el orden presente.

Mi mismo contradictor afirma en el libro que ya he citado, algo que no coincide con el fondo de su artículo: "El Partido Socialista austríaco se dio cuenta de la gravedad de la situación demasiado tarde. El Partido Socialista español, en cambio, ha sabido reaccionar a tiempo y ponerse parcialmente en condiciones de poder combatir."

Si nuestro Partido ha reaccionado a tiempo, y se ha puesto en condiciones de luchar, siquiera sea *parcialmente*, ¿en razón de qué es imposible conseguir que esa reacción llegue a su término, con la depuración revolucionaria? Si el Partido Socialista ha mostrado una superioridad sobre los restantes de la II Internacional, pasando al campo insurreccional a tiempo, ¿por qué no ha de tener sobre aquéllos la superioridad precisa para cubrir el proceso de bolchevización? ¿Es que Octubre mismo no es una etapa de ese proceso?

Por otra parte, afirmar que es de todo punto imposible que la izquierda llegue a triunfar en el Partido Socialista, basándose en que esa posición *queda bien confirmada, por una experiencia anterior*, no es absolutamente exacto. Ciertamente que en la generalidad de los casos, esta conclusión ha sido confirmada, aunque todavía no ha muerto la Socialdemocracia internacional, y no sabemos cuál será su destino

ulterior. Pero si el camarada Maurín acudiese a la Historia del proletariado ruso, vería destruida por los hechos su afirmación.

El Partido Socialdemócrata ruso fue también hasta 1903 y aún luego, en las ocasiones en que volvió a hacerse la unificación, un *mosaico* de tendencias, con todas las contradicciones inherentes a su composición. Sin embargo, llegó un instante en que se produjo la bolchevización. ¿Por qué? Sin duda porque habría circunstancias objetivas y unos hombres capaces de utilizarlas, eliminando el menchevismo. Se dirá que el Partido Socialista español carece de una vanguardia bolchevique tan preparada ideológicamente como la de los rusos. Pero no es dable aducir lo que queda escrito sin añadir que tampoco el menchevismo tiene en nuestro campo un Plejanov, un Martinov, un Martov, una Vera Zasúlich y tantas poderosas mentalidades como las que mantenían enhiesta la bandera reformista en el seno del proletariado ruso.

Objetivamente, la tendencia revolucionaria, mirada en su conjunto, vale intelectualmente más que la reformista. Tiene más arraigo en las masas del Partido; controla en buena parte la dirección de éste, y la de casi todos los periódicos provinciales o locales que publican las organizaciones de aquél. Tiene también a su favor, la tendencia revolucionaria, la cooperación de los mejores veteranos, de lo que representa la sana tradición socialista, que ha sabido situarse a la altura de las circunstancias. Y este elemento tiene una influencia decisiva a la hora de deducir, en un Partido que, por su historia, venera ya sus tradiciones.

Es indudable que la vanguardia izquierdista tiene a su favor la circunstancia de que nuestras masas, por las luchas constantes que han librado, no saben del adocenamiento que tenía ganadas, por ejemplo, a las de la socialdemocracia alemana. Son masas dotadas de una moral luchadora, de un espíritu de rebeldía, de una innegable capacidad de sacrificio, y con ellas se puede ir, indiscutiblemente, a la depuración revolucionaria del Partido Socialista.



Los reformistas en cambio carecen, en líneas generales, de una preparación doctrinal. En todas las polémicas que provocan, dejan por bajo los problemas de clase, para poner encima las cuestiones personales, la táctica dialéctica del navajeo por cuestioncillas... Están divorciados, en absoluto, del sentir de la masa, y su política cada día les aleja más del Partido. Es un fenómeno fácil de comprobar.

En cuanto al centrismo, está aún más impreparado y tiene menor justificación que el reformismo, en el seno de un Partido marxista, porque no sólo desconoce el Socialismo científico, sino que le menosprecia. Algunas de sus cabezas tienen infinitamente más prestigio que los reformistas, pero su acercamiento a éstos les hará perderlo en una parte muy considerable. Por otra parte, expulsemos al reformismo; que entonces, el centrismo, carente de doctrina, perdería su misión conciliadora y *acabaría* de derrumbarse.

Por todo lo que antecede, yo niego que sea imposible la bolchevización del Partido Socialista; por el contrario, la creo probable y próxima.

¿Por que es imposible el ingreso global de un partido a otro?

El camarada Maurín hace una declaración tan rotunda como oscura, en su artículo: "No hay que esperar —esto debe ser descartado como utópico— que

ninguno de los Partidos marxistas existentes ingrese globalmente en otro. Eso no ocurrirá."

¿Por qué?

La realidad ha venido a destruir, también, esta afirmación, que, como he dicho, no está desarrollada en forma que quede clara a la vista del lector. ¿Es o no es el trotskismo un partido marxista? Por lo pronto el Bloque ha debido considerarlo que sí, cuando se ha unificado en Cataluña con los trotskistas. Ciertamente que los disidentes acaudillados por el infatigable revolucionario, no representan a amplios sectores; pero personifican, sin duda, una tendencia del proletariado. Pues bien, no hace aún mucho que en Francia se han adherido a la SFIO. He aquí un caso de ingreso global de un Partido marxista en otro que lo es, quizá, muy tibiamente. Aquí mismo en España, muchos trotskistas han pasado al socialismo. ¿Dónde quedan las afirmaciones de Maurín?

La realidad ha demostrado ya que sí es posible el ingreso de un Partido marxista en el seno de otro. Y la realidad plantearía al Bloque Obrero inexorablemente el problema, que ahora elude Maurín aduciendo la presencia de la derecha en el Partido, en el caso de que producida la depuración, eliminación o bolchevización —como queramos llamarla— triunfase plenamente la izquierda.

En este caso, convertido el socialista en un verdadero Partido bolchevique ¿qué haría el Bloque? ¿Podría permitirse el lujo de seguir circunscribiendo su acción a Cataluña, sin intervenir en los problemas de conjunto del movimiento, a través de un Partido de vuelo nacional?

Porque si el Socialista tiene las masas: si es el eje del proletariado nacional —y después de su depuración lo sería todavía más— nadie podrá discutirle el derecho a exigir que los demás grupos se le sumen, e incluso, la dialéctica histórica, lo determinaría, como sucedió en Rusia, cuando el Partido Bolchevique, mucho más reducido que el nuestro, se convirtió en el centro de gravedad de la clase obrera, absorbiendo a los que no se pusieron, francamente, del lado de los enemigos de la Revolución.

Pero nosotros sabemos —y ya lo hemos dicho en otra parte— que este proceso de absorción no se podrá realizar totalmente mientras no se produzca la depuración interna. He aquí la única justificación de cierto peso que alega Maurín. Pero cuando esa depuración sea un hecho ¿en razón de qué van a negarse otros grupos marxistas a ingresar en nuestro Partido?

### Libertad para las nacionalidades ibéricas

"... el Partido Socialista no se ha asimilado todavía la verdadera posición socialista ante el problema nacional." Durante la etapa de las Constituyentes es posible que esta declaración estuviera en lo cierto. Pero ahora, tras la experiencia de Octubre, el Partido sabe cómo debe tratar los problemas de Cataluña. Yo, personalmente, creo que no sólo en el orden general político, sino en el de nuestra propia estructuración interna, el Partido tendrá que dotar de características, si no distintas a las de las otras secciones, sí especialmente a su organización de Cataluña. (**Visado por la censura.**) Hay que hacer la excepción de una vanguardia obrera, formada, naturalmente, por las fuerzas de la Alianza. El resto estaba como digo, en plena ilusión democrática. Sin embargo, lo mismo que nuestro Partido ha aprendido, con Octubre singularmente, a tratar los problemas de las nacionalidades, el proletariado catalán ha debido tomar nota de cómo la pequeña burguesía catalanista, que todos los días ofrecía morir por la autonomía, no empleó los recursos del Poder para llevar la lucha hasta el fin frente al fascismo. (Censurado.)

Se ha responsabilizado personalmente a Dencás en la traición; pero aun cuando ello sea cierto, Dencás representó el 6 de Octubre a una clase social indecisa que temía más al proletariado que al fascismo. Y que ante la eventualidad de que triunfara el primero, prefirió perder la autonomía regional, su bandera de siempre. La única garantía cierta de las libertades de una región, es el proletariado, porque únicamente sus intereses son los que coinciden plenamente con la defensa de

tales libertades, a la hora presente. La burguesía, entre la autonomía y la propiedad, se decide por ésta; el proletariado, en cambio, tendrá que asentar su régimen sobre la más amplia autonomía de las nacionalidades y los pueblos.

Esto lo han comprendido perfectamente los socialistas, que, por otra parte, no tienen más que volver, a su programa en el que se establece la necesidad de organizar el país en una *Confederación republicana de las nacionalidades ibéricas*.

Alude también el camarada Maurín a los esfuerzos que el Partido Socialista hace para evitar que la Alianza Obrera *prosperes y gane nuevas y sucesivas posiciones*. Yo también he de tocar de pasada el problema, para que este trabajo no se prolongue excesivamente. Creo que peca de apasionado mi contradictor. Lo que yo supongo le sucede al Partido Socialista es que no tolera que en ningún caso la Alianza le desplace. Que no renuncia a ser el Partido dirigente de la clase obrera. Lo cual es bien legítimo. Hubiera permitido en alguna ocasión Lenin que el Partido bolchevique haya dirigido desde los Soviets?

Nosotros propugnamos el incremento y la constitución de las Alianzas Obreras porque aun en el caso de que se produjera la unificación política, servirían como lazo entre las organizaciones políticas y sindicales. (Censurado.)

### Artículos de Joaquín Maurín

I

El camarada Santiago Carrillo, secretario general de las Juventudes Socialistas, en los dos artículos publicados en los números 211 y 212 de "La Batalla", ha tenido la virtud de plantear el problema tal como lo "ven" los camaradas socialistas desde "dentro" de su partido. Y desde "dentro" las cosas se ven, por lo general, de una manera parcial y defectuosa. Con frecuencia los árboles no dejan ver el bosque.

Carrillo razona como militante de un partido, subordinándolo todo a ese partido "que, por su historia, venera ya sus tradiciones".

Y el problema hay que enfocarlo no con arreglo a las conveniencias de este o de aquel partido, tenga o no tenga tradiciones históricas, sino conforme a las necesidades generales del movimiento obrero en su trayectoria histórica.

¿Qué es lo que confiere al Partido Socialista ese derecho a la hegemonía absoluta que trata de reivindicar el compañero Carrillo? Simplemente, una hipótesis.

Carrillo formula la siguiente conclusión después de un largo razonamiento: "Yo niego que sea imposible la bolchevización del Partido Socialista; por el contrario, la creo *probable* próxima." Y más adelante: "Porque si el Partido Socialista tiene las masas; si es el eje del proletariado nacional —y después de su depuración la *sería* todavía más— nadie podrá discutirle el derecho a exigir que los demás grupos se le sumen..." Carrillo no está seguro de la "bolchevización" —de la que hablaremos más adelante—, la cree "probable". Y cuando se refiere a esa *probable* depuración no dice terminantemente "será", sino, como reflejo del propio temor que él siente, dice *sería*; esto es, condicional, incierto.

Es decir, que mi estimado contradictor asienta toda su tesis sobre algo que puede ser, pero que es dudoso. En una palabra, formula una hipótesis.

Y no conviene que hagamos cabalas sobre lo que pudiera ocurrir, sobre lo que *sería* si ocurriera esto o aquello. Un marxista no debe apoyarse en suposiciones más o menos problemáticas.

Atengámonos a los hechos, que son tozudos, como le gustaba repetir a Lenin.

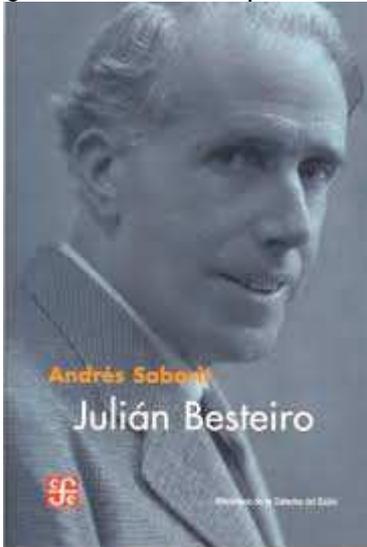
Y los hechos son: el Partido Socialista tal como ha sido y tal como es, de un lado, y la realidad político-social tal como se presenta actualmente, del otro lado.

El Partido Socialista tiene una historia. Y esa historia, camarada Carrillo, es profundamente reformista. El Partido Socialista ha cometido a través de su larga etapa errores políticos gravísimos. Citaremos solamente los más significativos: el abandono de Cataluña al anarquismo y a la demagogia pequeño-burguesa; la conjunción republicano-socialista; la posición socialdemócrata ante la Revolución rusa, en 1917-1921; su posición de "conllevancia" durante la dictadura; su actitud reformista ciento por ciento desde que se proclamó la República hasta el otoño de 1933.

Todo eso por lo que se refiere al pasado. Y lo pasado pesa, camarada Carrillo. No es posible borrarlo haciendo pronósticos para el mañana. Precisamente ese pasado es un obstáculo poderosísimo para que los buenos propósitos de las Juventudes Socialistas puedan triunfar e imponerse.

Vengamos ahora al presente del Partido Socialista.

El Partido atraviesa una crisis que nadie niega. Hay indisciplina. Cada fracción hace lo que le da la gana. Habla (Andrés) Saborit y (Julián) Besteiro en su periódico fraccional; habla Prieto en la prensa burguesa, habla la izquierda. ¿Quién manda aquí?



Un partido con la enorme responsabilidad que tiene el Partido Socialista no puede ser un galimatías, en el que cada cual haga de su capa un sayo, sino que ha de ser un todo homogéneo, consciente de su autodisciplina, pero como un arco en tensión todo él hacia un objetivo único.

El Partido Socialista no es eso. En ese sentido, históricamente, no ofrece, en estos momentos, garantía alguna de que logre lo que Carrillo y yo deseáramos.

El Partido Socialista, cuya equivocación antes de Octubre parece reconocer Carrillo, no sigue después de Octubre, a mí entender, una política acertada ni mucho menos. Y citaré también los principales puntos de su actuación que considero desacertados: el abandono del Parlamento, dejando libremente en manos de la reacción un arma de gran eficacia que bien empleada hubiese contribuido a gastar la situación política dominante, el silencio oficial, el mutismo absoluto del Partido Socialista durante largos meses después de Octubre; la Circular Vidarte de últimos de marzo, que era como una invitación a preparar un bloque electoral con los republicanos, en un momento en que no había ninguna perspectiva electoral y los republicanos estaban deshechos; la política favorable a Azaña que el Partido Socialista está haciendo (invitación oficial a asistir al acto de Baracaldo); la oposición —que Carrillo justifica por "razones" de partido— al desarrollo de la Alianza Obrera.

Ya ven, pues, los jóvenes socialistas que hay más de una razón para que los marxistas que, colocados al margen del Partido Socialista, somos, sin embargo, partidarios de la unificación marxista, no nos sintamos en manera alguna atraídos por la idea de ingresar en el Partido Socialista.

Ni nos convence la hipótesis de una problemática bolchevización ni nos sentimos inclinados hacia el Partido Socialista a causa de su tradición histórica.

Precisamente los partidos viejos en los períodos revolucionarios acostumbran ser verdaderos impedimentos. La Revolución francesa fue la obra de un partido joven que nació con la Revolución y se desarrolló con ella: el partido de los jacobinos. En la Revolución rusa ha ocurrido lo mismo. El partido bolchevique, que ha sido su eje, al tomar el poder carecía de tradiciones históricas. Era reciente. Lenin lo formó durante la etapa que medió entre la Revolución de 1905-1907 y la Revolución de Octubre. Llevaba, en realidad, unos diez años de vida.

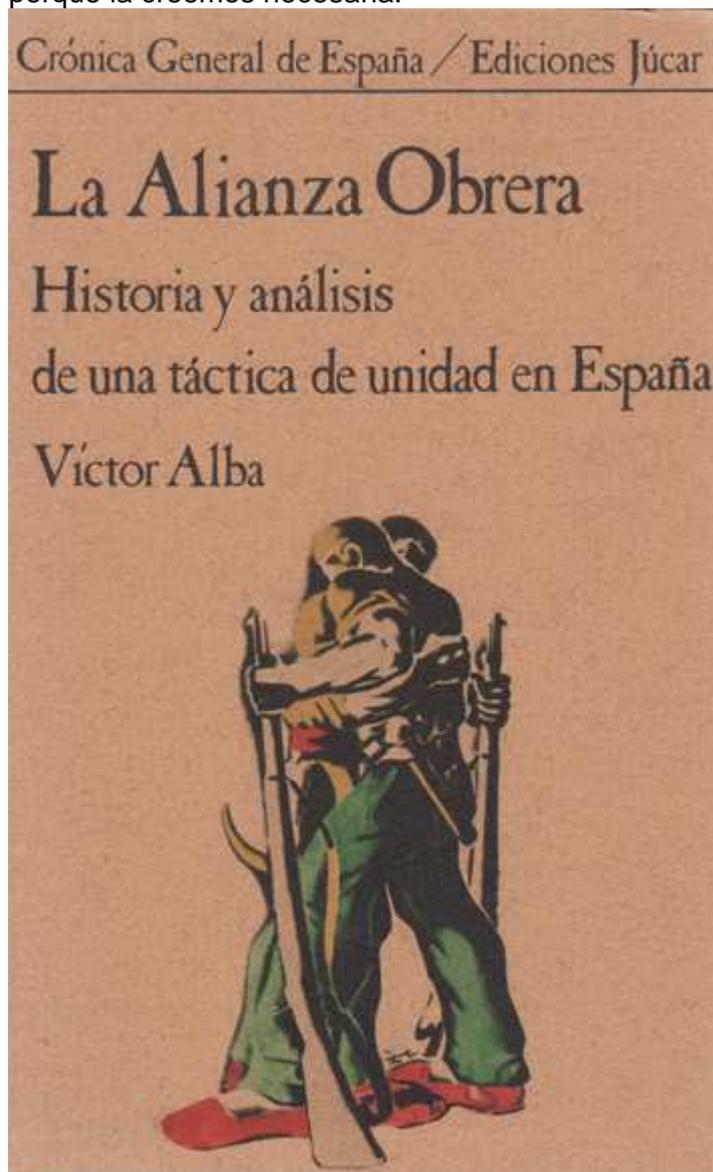
Las tradiciones, el pasado, dejan un surco, determinan un amaneramiento que en

épocas de saltos bruscos constituyen verdaderos impedimentos.

Carrillo, en apoyo de su tesis favorable al ingreso al Partido Socialista, expone tres hechos: la unificación del BOC y trotskistas, el ingreso de un grupo de trotskistas de Madrid en el Partido Socialista y el ingreso que tuvo lugar de los trotskistas en la Juventud Socialista y en el Partido Socialista, en Francia.

No podía el compañero Carrillo haber citado argumentos más contrarios precisamente a su tesis.

La Izquierda Comunista no ha ingresado en el BOC., sino que tiene lugar una fusión, lo que es muy distinto, basada en la elaboración de una plataforma en un Congreso de fusión e incluso dando al nuevo partido un nombre que no es el del BOC: Partido Obrero de Unificación Marxista. El BOC no ha hecho valer ni un momento su indiscutible superioridad numérica. Hemos convenido la unificación porque la creemos necesaria.



El ingreso "global" de un grupo de trotskistas de Madrid en el Partido Socialista, por los informes de buena fuente que poseo, se reduce a una petición de ingreso de cinco o seis trotskistas. Por cierto que después de haber pedido el ingreso todavía están en la sala de espera aguardando que sean admitidos. Estoy persuadido de que, finalmente, esos cinco o seis trotskistas serán aceptados pero ya es sintomático que se les obligue a hacer "cola". ¿Qué pasaría, así las cosas, si en vez de cinco, fuéramos cinco mil los que llamáramos a la puerta?

Pero lo más sintomático es lo que ha sucedido en Francia. La mayoría de la Liga Comunista (trotskistas) adhirió, en efecto, a la Juventud Socialista y a su Partido. Esto parecía ser para Carrillo una razón de peso.

Cuando Carrillo escribió su artículo no se había celebrado aún el Congreso de la Juventud Socialista, que ha tenido lugar estos días. Y ese Congreso ha acordado la expulsión fulminante de los líderes trotskistas, amenazando severamente a todos los demás. Es casi seguro que lo mismo sucederá en el Partido Socialista mucho más moderado aún que la Juventud Socialista. En el Congreso último del PSF, la minoría trotskista que defendió la posición comunista que correspondía, fue tratada despectivamente, como anuncio seguro de lo que ahora ha tenido lugar en el Congreso de las Juventudes.

Estoy firmemente persuadido de que Carrillo no nos desea un fin idéntico. Pero el Partido Socialista Obrero Español tiene un pasado socialdemócrata, pertenece aún a la II Internacional, como el de Francia, y lo sucedido allá pudiera muy bien ocurrir aquí.



Por otra parte, Carrillo sabe bien que la reglamentación interna del Partido Socialista exige un cierto período de tiempo antes de estar en la plenitud de derechos. No creo que haya ningún camarada del Partido en el que milito que después de haber ganado una batalla a los anarquistas, después de haber creado en Cataluña las bases de un gran partido marxista, que no supo hacer en el pasado el Partido Socialista, adquiera de súbito inclinaciones de catecúmeno con la no exenta perspectiva de recibir a la postre una orden de expulsión, como acaba de suceder en Francia.

Adhesión, ingreso, no. Fusión, unificación, sí.

Continuaremos.

Fue esa convicción la que llevó a Lenin al reconocimiento de la necesidad de constituir en todos los países partidos nuevos, sin el lastre del pasado.

Esa constatación revolucionaria la ha hecho igualmente, aunque en sentido opuesto, naturalmente, la propia burguesía, que cuando ha llegado a una situación difícil ha liquidado los para formar partidos nuevos, sin tradiciones, y más aptos, por lo tanto, para afrontar el porvenir. Ha sido el caso del partido fascista de Mussolini y del partido obrero nacionalista de Hitler.

Cada partido corresponde a una época determinada. Nueva situación, nuevo partido.

Ese partido nuevo, es evidente que no se forjará de la nada. Ha de construirse con materiales existentes, pero adaptados a la realidad creada. Una ciudad moderna, como las que surgen en pocos años en la URSS y en los Estados Unidos, ya no conoce el alumbrado del gas y los tranvías, por ejemplo. Pasa sin solución de continuidad, directamente, a la luz eléctrica y al autobús. Las tradiciones la mayor parte de las veces y, en política por lo general, están bien en el museo histórico. No hay nada más antitradicional que un movimiento revolucionario pues, no era, en resumidas cuentas, más que un subterfugio negativo. Por eso no hubo unidad sindical y la CNT se ha quedado, salvo contadas excepciones, al margen del frente único.

Que nosotros no somos los únicos que creemos que no es posible hacer la unidad ingresando en el Partido Socialista, sino que lo piensan también algunos camaradas de Carrillo, se demuestra por la carta de un grupo de jóvenes socialistas de Asturias, de la que "La Batalla" de la semana anterior reproducía

este fragmento: "Pretender la unidad obrera a base del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores es tanto como no quererla, ya que los partidos que deben unificarse no entrarán por tales horcas caudinas." Justo.

# La Batalla

II

No creo que todas las Juventudes Socialistas compartan el punto de vista del camarada Carrillo, muy respetable, pero que considero fundamentalmente descartado, tanto por lo que se refiere al problema de la unificación del proletariado en general como por lo que respecta a las propias perspectivas de la izquierda socialista.

Hay hoy en España, como en todo el mundo, una corriente general favorable a la unidad de la clase trabajadora. Esta unidad, claro está, constituye todo un proceso. El primer paso lo constituye la unidad de acción y el Frente Único, que entre nosotros se llama Alianza Obrera y en Francia Frente Común. Después de la unidad de acción como consecuencia inmediata, se plantea la cuestión de la unidad de pensamiento, la unidad política, el partido único.

Se ha iniciado la fase del reagrupamiento proletario nacional e internacionalmente. Incluso la propia Internacional Comunista, que era en cierto sentido el centro de la división proletaria, en su reciente Congreso no ha tenido más remedio que estudiar este problema y tomar una posición, ya que de otro modo hubiese quedado completamente desmantelada.

La cuestión de la unidad en el triple sentido que defendemos nosotros —unidad de acción, unidad sindical y unidad política—, ha hecho, por ejemplo, durante los últimos meses grandes progresos en Francia. Allí el Frente Común es una realidad gracias a la coordinación general establecida, que aquí no quiere adoptar la dirección del Partido Socialista; la unidad sindical se entrevé como una perspectiva próxima y la idea del partido único ha sido ya tema de discusión entre el Partido Socialista y el Partido Comunista.



En Francia se va hacia la unidad integral. Y tomo el caso de Francia, sin entretenerme ahora aportando nuevos datos internacionales, para no hacer interminable este artículo, y porque Francia y su movimiento obrero ejercen en este momento una indiscutible influencia en nuestro país.

Ahora bien, nadie, absolutamente nadie, ni socialistas ni comunistas, ha

planteado en Francia un problema tan grave de la manera como lo enfocan los camaradas de la dirección de las Juventudes Socialistas, esto es, diciendo: "Ingresad en nuestro partido".

Blum ha hablado del Partido Único de este modo en la primera columna de *Le Populaire*: "El proletario no quiere un Partido Socialista que absorba el comunismo o un Partido Comunista que absorba el socialismo. Quiere un partido único de la clase trabajadora. Quiere la unidad, porque ve en ella su sola y segura salvaguardia contra el fascismo y la guerra." El Partido Comunista, por su parte, se ha guardado muy bien asimismo de presentar condiciones que hicieran imposible las negociaciones de unificación.

Se va en todas partes a la reconstrucción de la unidad sindical y a la creación de un partido marxista revolucionario único. Es la ley de la historia en este momento trascendental.

Con respecto a este grave problema hay que tomar una posición: por o contra. Decir "ingresad en tal partido" es salirse por la tangente y, prácticamente, pronunciarse contra.

A los jóvenes socialistas, a quienes el proletariado español les es grandemente merecedores por haber contribuido a sacar al Partido Socialista de su rutinario reformismo tradicional, les ha faltado hasta ahora, desgraciadamente, la audacia de haber izado la bandera de la unificación marxista. Esta posición les hubiese — aún están a tiempo— asegurado el triunfo completo dentro del Partido, cosa que hoy es más que problemática.

La dirección de las Juventudes socialistas se ha propuesto "bolchevizar" el partido, depurándolo.

A mi entender, la bolchevización no puede ser otra cosa que hacer del Partido Socialista un partido marxista-leninista, es decir, un partido socialista revolucionario. Para ello precisa tomar posición firme sobre una serie de problemas, siendo los principales: 1º Interpretación del carácter de nuestra Revolución; 2º Posición ante la cuestión nacional; 3º Posición ante la cuestión agraria; 4º La unidad del movimiento obrero en su triple aspecto de Alianza Obrera, unidad sindical y unidad política.

Carrillo habla de "bolchevizar". En primer lugar, esta expresión es enormemente peligrosa. La "bolchevización" de los partidos comunistas emprendida después del V Congreso de la Internacional Comunista, no fue otra cosa que la domesticación de los partidos, la anulación completa de su personalidad. El Congreso reciente de la Internacional Comunista, teóricamente, al menos ha anunciado una desbolchevización al constatar el fracaso de la bolchevización".

Pero las Juventudes Socialistas quieren seguramente dar otro sentido a la bolchevización.

Bolchevización, en el sentido justo de la palabra, ha de significar, pues, hacer un partido socialista capaz de realizar lo que hizo el partido de Lenin. ¿No es eso? Pues si es así, los camaradas de las Juventudes Socialistas han de situarse, primeramente, sobre un terreno doctrinal profundamente leninista, bolchevique. Eso es lo primordial.

La posición teórica que mantienen tanto las Juventudes Socialistas como el ala izquierda del Partido Socialista, si es cierto que constituye un gran paso adelante, si efectivamente responde a un propósito de rectificación, dista, sin embargo, de ser lo que conviene.

Sobre el carácter de nuestra Revolución no hay todavía una completa unidad de pensamiento en el sector izquierdista del Partido Socialista. Son muchos los que creen que estamos en presencia de una revolución democrático-burguesa. La marcha que se sigue por la dirección del Partido Socialista, favorable a una nueva situación Azaña, es la adaptación táctica a una tesis tal. En ese sentido, entre la izquierda y el centro, hay simplemente una divergencia táctica. Mientras no se parta de la interpretación que la Revolución que vivimos es democrático-socialista, no hay posibilidad de adaptar la táctica a una norma bolchevique. Araquistáin, por ejemplo, que es teorizante de la izquierda y cuyos méritos son innegables, se empeña en establecer un paralelo entre la Revolución rusa de 1905 y la nuestra

de 1931. (Luís) Araquistáin no es el único. Esta comparación es errónea fundamentalmente. La revolución española ha de compararse no a la de 1905, sino a la de 1917, y como ésta es democrático-socialista. Es decir, es democrática, pero sólo el proletariado triunfante podrá realizar el aspecto burgués de la revolución, quedando por lo tanto íntimamente unida a la Revolución Socialista. La justa interpretación del carácter histórico de la Revolución es una condición fundamental e indispensable para la bolchevización.

El Partido Socialista, durante los años de su inveterado reformismo, ha mantenido una posición falsa con respecto al problema agrario. No supo asimilarse la concepción bolchevique de la revolución democrático-socialista "defendiendo la consigna: "La tierra, para el que la trabaja", esto es, el reparto de la tierra sin indemnización, como se hizo en Rusia en noviembre de 1917. Los socialistas en el Poder, con la Ley Agraria, "asentamientos" y demás diques legales impidieron la revolución agraria. De su actuación equivocada parecen estar convencidos los socialistas. ¿Pero existe alguna resolución oficial rectificando la posición? Yo no la conozco. Lógicamente hay que suponer, pues, que no se ha producido ninguna variación.

Lo mismo ocurre con referencia a la cuestión nacional.

Los socialistas no supieron tampoco ver el problema nacional tal como teórica y prácticamente lo comprendió Lenin. Se sintieron centralistas cuando el federalismo constituía un gran paso adelante.

Carrillo dice que el "Partido Socialista ha aprendido, con Octubre singularmente, a tratar los problemas de las nacionalidades"... Esto lo han comprendido perfectamente los socialistas, que, por otra parte, no tienen más que volver a su programa, en el que se establece la necesidad de organizar el país en una "*Confederación republicana de las nacionalidades ibéricas*".

La conclusión formulada por Carrillo demuestra que todavía los camaradas socialistas no han comprendido la cuestión nacional. Dar como consigna una Confederación republicana de nacionalidades ibéricas es evidenciar que, en efecto, la Revolución ha de mantenerse dentro del marco simplemente burgués, republicano. La liberación nacional, como la de la tierra, sólo puede darla la clase trabajadora. No hay, pues, perspectiva alguna de Confederación republicana, sino de Unión Ibérica de Repúblicas Socialistas, que es el polo opuesto. Carrillo defiende una solución anacrónica, algo así como la formación de una Confederación al estilo germánico de la época de Bismarck, cuando la burguesía ha perdido ya toda capacidad para otorgar la independencia a las nacionalidades.

Viene luego como coronamiento de todo, la cuestión de la unificación total del movimiento obrero. Y en este terreno es donde la posición del ala izquierda socialista es más incierta.

Frente a la Alianza Obrera, que es una realidad indiscutible, pero que necesita aún hacer serios progresos, la actitud actual de la izquierda socialista, dirección de las Juventudes comprendida, no puede ser más equivocada. El propio Carrillo no lo esconde en su artículo cuando dice: "El Partido Socialista tiene que evitar que quede desplazado por la Alianza Obrera."

Cuando un partido obrero encuentra una contradicción entre sus objetivos y los objetivos generales del movimiento obrero, es que ese partido está lejos de encarnar, en realidad, la aspiración progresiva del conjunto de la clase trabajadora. Si el Partido Socialista teme a la Alianza Obrera, el Partido Socialista ni remotamente ha adquirido el derecho hegemónico a la dirección del proletariado, que quiere atribuirle el camarada Carrillo.

Dice mi estimado contradictor, con el propósito de justificar a su partido, que la posición del Partido Socialista con respecto a la Alianza Obrera, es análoga a la del partido bolchevique en relación con los soviets. Pero a Lenin no le dieron miedo nunca los soviets. Precisamente fue él quien, con el asombro de los "viejos bolcheviques" de su partido y de los mencheviques, que tenían la mayoría en los soviets, impuso la consigna: "¡Todo el Poder a los Soviets!" Y el partido bolchevique distaba mucho de tener entonces en los soviets, proporcionalmente hablando, la

fuerza que el Partido Socialista tiene y puede tener en las Alianzas Obreras. El partido bolchevique no temió nunca un gran desarrollo de los soviets. Al contrario, lo estimuló. Su política tenía como aspiración final la constitución de una República de los Soviets.

El Partido Socialista, en cambio, ha mantenido con respecto a la Alianza Obrera una actitud de recelo y en muchos casos de oposición. Ha sido la base del partido la que ha impuesto la adhesión a la Alianza Obrera. A la constitución del Comité Nacional de Alianza Obrera, la dirección del Partido Socialista ha hecho y sigue haciendo una oposición sistemática.

Las Juventudes Socialistas e izquierda socialista no han comprendido aún lo que es y lo que debe ser la Alianza Obrera. Están obsesionados por el fetichismo de su partido. Su aspiración es: el Poder para el Partido Socialista. Y esto es un error gravísimo. El Poder ha de ser para la clase trabajadora, ejercido por medio de sus órganos de Poder, que en Rusia fueron los Soviets, y aquí deben ser las Alianzas Obreras. Que el partido obrero ha de desempeñar el papel de dirigente, es natural, pero el partido no ha de pedir el Poder para él. El partido bolchevique reclamó siempre el Poder para los Soviets.



Los socialistas creen que la Alianza Obrera (AO) es tan sólo un órgano insurreccional. Error. Hay que ver las fases sucesivas por que pasan los órganos revolucionarios. Los Soviets en Rusia, primero, fueron instrumentos de frente único, de reagrupación obrera; luego, instrumentos insurreccionales, y finalmente, órganos de Poder. Las AO tienen las mismas características.

De la unidad de acción, ante la cual la izquierda socialista, como decimos, no adopta una posición firme, pasamos insensiblemente al otro aspecto del problema: la unidad sindical.

Nunca la ocasión, desde hace muchos años, había sido tan propicia para emprender una ofensiva a fondo pro unidad sindical. La UGT v no es, no, ya la mayoría, ni la mitad siquiera, del movimiento obrero organizado del país. Hay una serie de sindicatos autónomos dispersos. Y está la CNT, que, aunque debilitada y en grave crisis, arrastra masas todavía. ¿Piensa Carrillo que es posible imaginar un ingreso global en la UGT de las fuerzas sindicales que hoy están al margen? No creo que lo suponga nadie. En cambio, desde el momento que la UGT levanta la bandera de la unidad sindical, el movimiento en tal sentido se haría irresistible, y sin que sea posible prejuzgar a distancia, es casi seguro que la unidad se ha-ira, quedando al margen quizás algún grupo recalcitrantemente sectario.

¿Se dan cuenta los jóvenes socialistas de lo que esto significaría? La relativa estabilidad de la burguesía española se basa fundamentalmente en la falta de cohesión del movimiento obrero. El proletariado unido sería una verdadera perforadora.

Claro está que la unidad sindical es más difícil que la unidad política, que la unificación marxista. El problema de la unificación obrera estratégicamente entre nosotros se plantea, de otro modo que en Francia. Aquí, primero, la unidad política; luego, la unidad sindical.

La cuestión de la unidad marxista es hoy el eje central de todo el problema obrero hispano. Adoptar una posición favorable significa automáticamente colocarse en una posición bolchevique, porque se va hacia la formación de un

gran partido obrero, porque las Alianzas Obreras adquirirán un gran impulso, porque el movimiento obrero entrará en una nueva fase.

Esa es la bandera de la bolchevización que debieran haber tomado los jóvenes socialistas. Con ella en la mano hubiesen vencido a la derecha, al centro y a todo un pasado. Las Juventudes Socialistas hubiesen sido entonces no sólo la fracción más aguerrida del Partido Socialista, sino también la vanguardia heroica de una profunda transformación en todo nuestro movimiento obrero con las naturales consecuencias políticas.

Estamos persuadidos, no obstante, que las Juventudes Socialistas abandonararán el fetichismo de "Partido Socialista Obrero" por este otro fetichismo trascendental: "Partido Socialista Obrero Unificado".

¿Cómo llegar a la unificación? Es lo que veremos en el próximo artículo.

### III

Hemos visto en los artículos anteriores que ni la historia, ni la posición doctrinal y táctica actual del Partido Socialista nos atraen. Una adhesión en estas condiciones, prácticamente significaría que nosotros nos identificábamos con el pasado y presente de dicho partido. Y una de dos: o comentaríamos una superchería, o dejaríamos de pensar como pensamos, lo que sería tanto como reconocer que nuestra posición había sido equivocada, lo que no es el caso.

Carrillo puede replicar diciendo que podemos ingresar sin renunciar a nada y trabajar dentro del partido por hacer prevalecer nuestros puntos de vista.

Pero esto tiene, no hay duda, graves inconvenientes.

Nadie nos garantiza que no nos ocurriera a nosotros lo mismo que ha sucedido en Francia a los trotskistas. Esto es, que al cabo de algún tiempo fuéramos echados del Partido Socialista por ser considerados como "perturbadores", "sectarios", etc. Carrillo y sus compañeros no lo desean, ciertamente, pero esto pudiera ocurrir contra su propia voluntad. Se podrá decir que esto no es más que una hipótesis algún tanto problemática. Sin embargo, después de lo que hemos visto en Francia, deja de ser una suposición temeraria para transformarse en una probabilidad, y más aún, si como parece, el Partido Socialista hace concesiones al estalinismo con objeto de absorber sus Juventudes y sus escasos sindicatos.

Carrillo pretende —pues él mismo no descarta la posibilidad de que nosotros tuviéramos que abandonar mañana el Partido Socialista— que al dejarlo habríamos ganado en prestigio. No es éste mi parecer, sino todo lo contrario.



Si se diera el caso de Francia con los trotskistas, seríamos expulsados, como siempre se hace en estos casos, no todos sino unos cuantos, y los expulsados —me coloco entre ellos— tendríamos que someternos individualmente a reemplazar un reagrupamiento, con la seguridad de que perderíamos muchas fuerzas.

Si hiciéramos la escisión seríamos "escisionistas", cuando precisamente nuestra bandera ha sido de unidad marxista. ¿Cómo se compaginaría esto? Sería tanto

como escribir nuestra esquelera de defunción.

He tomado parte activa en el proceso de una escisión y sé por experiencia las dificultades y amarguras que entraña. Si nuestro núcleo al separarse del Partido Comunista, en 1930, ha podido sobrevivir, arraigar y desarrollarse, no ha sido sin contratiempos y obstáculos. Quedamos primeramente reducidos a Cataluña y hemos tenido que hacer no pocos esfuerzos para ensancharnos por la Península. Una invitación a recomenzar es poco convincente, máxime cuando nuestra posición como digo, no está por la escisión, sino por la unificación.

Supongamos, no obstante, que el Partido Socialista no nos expulsa, sino que nos tolera dentro de él con derecho a defender nuestra interpretación sobre la posición teórica general, sobre la táctica y la estrategia. Esto es mucho suponer, cama-rada Carrillo, cuando en el Partido Socialista hay un fetichismo de partido del que, por desgracia, no están exentas las Juventudes. Entonces en el Partido Socialista habría, como ahora, tres o cuatro fracciones: la derecha, de Besteiro-Saborit; la centrista, de (Indalecio)Prieto-(González)Peña; la izquierda, de (Largo) Caballero-Juventudes, y la extrema izquierda, que representaríamos nosotros. En ese caso, el Partido Socialista sería más mosaico que ahora todavía cuando nuestra concepción de partido —el tipo de partido bolchevique sin fracciones, fuertemente unido y disciplinado— discrepa fundamentalmente de ese modelo de partido, esencialmente socialdemócrata.

Carrillo mismo, que defiende la expulsión de la derecha, cree que en el Partido Socialista quedará íntegro el centrismo que, "carente de doctrina —dice—, perdería su misión conciliadora y acabaría por derrumbarse".

No sé por qué razón, expulsada la derecha —los jefes, naturalmente—, el centrismo de Prieto-Peña había de derrumbarse automáticamente. La derecha que quedara en el partido correría a incorporarse a la fracción centrista y ésta, *ipso facto*, pasaría a ser la derecha con un prestigio que nadie le podría negar, teniendo al frente de ella a dos jefes que no pueden ser tachados de cobardes, y encontrando, además, respaldada su política por Moscú.

Hoy —las cosas pueden variar, si la izquierda socialista quiere— es más fuerte la posición del centro de lo que Carrillo cree. El centro toma posiciones, mantiene una política afirmativa, mientras que la izquierda vacila, reduciéndolo todo a una lucha de fracción: el combate contra la derecha.

Prieto y Peña, que han tomado parte en los acontecimientos de Octubre, están por el *statu quo* del partido, por la no escisión y por un acuerdo con los republicanos para obtener la amnistía y por la democracia.

¿Cuál es la posición de la izquierda frente a la de Prieto-Peña? Puramente negativa. La izquierda se defiende; en realidad, ha pasado a ser una oposición. Todo esto porque la izquierda no señala una política nueva, justa, marxista, revolucionaria por el nombre y en la práctica. Esta política no puede ser otra, tal como señalábamos en el artículo anterior, que definir el carácter de la revolución, no como democrático-burguesa, sino como democrático-socialista y pronunciarse con todas las consecuencias por la unidad obrera. Todo lo que no sea hacer esto, es facilitar el triunfo completo del centrismo, a pesar de la buena voluntad y esfuerzo de las Juventudes Socialistas.

La bolchevización —entiéndase por tal la formación de un partido marxista revolucionario— no es, pues, problema de vencer, en una guerra intestina, a una determinada fracción, sino de convertirse en el heraldo de las masas obreras y campesinas en marcha hacia su liberación definitiva. La verdadera, la auténtica bolchevización del Partido bolchevique tuvo lugar en 1917, al lanzar Lenin la consigna: "¡Todo el Poder a los Soviets!" Es decir, al presentarse ante las masas como el partido de la unidad del movimiento obrero y de la toma del Poder para el conjunto de la clase trabajadora. Un partido no ha de ser un fin, sino un medio. Y Carrillo discurre obsesionado creyendo que el Partido Socialista es un fin.

Carrillo busca apoyarse en Lenin. Afirma: "Lenin ha dicho que el proletariado sólo puede temer el contacto con otras fuerzas, cuando no está seguro de su conciencia y de su capacidad. ¿Por qué lo teméis vosotros, aun en la peor de las contingencias?"

La frase exacta de Lenin fue ésta: "Únicamente pueden tener las alianzas temporales, incluso con elementos inciertos, aquellos que no tienen confianza en sí mismo. Ningún partido político puede existir sin esas alianzas."

Lenin se refiere, claro está, a contactos del partido obrero con otras organizaciones; contactos que, evidentemente, tendrán un carácter temporal. Lenin, que defendió esta elasticidad de contacto con otras organizaciones, dentro del partido sostuvo la absoluta unidad de pensamiento y de acción. El bolchevismo fue eso. Un partido así constituido puede permitirse alianzas con otros partidos y aun en determinados casos con otras clases. Pero el partido no ha de ser un mosaico, sino todo lo contrario, un todo homogéneo.

La frase de Lenin a que se ha referido Carrillo podríamos aplicarla al propio Partido Socialista por lo que concierne a la Alianza Obrera, en la que el Partido Socialista ve un competidor posible, como se desprende de las propias declaraciones del compañero Carrillo...

Nuestro ingreso, así las cosas, en el Partido Socialista sería catastrófico, y no solamente por lo que se refiere a nosotros, sino también por lo que respecta a las perspectivas generales del movimiento obrero, ya que significaría la liquidación automática de la corriente —dicho sin pretensiones ni jactancias—, que puede conducir a la clase trabajadora a su objetivo histórico: la unificación revolucionaria.

No tenemos la pretensión de ser un partido hegemónico, pero nadie podrá negarnos una fuerza indiscutible, debida quizá más que a la suma de nuestros efectivos, a la solidez de nuestra posición política.

Desde fuera, tenemos plena libertad para defender y propagar lo que consideramos ineludible, si el movimiento obrero quiere salvarse. Dentro, no tendríamos, ni mucho menos, la libertad que poseemos ahora. No nos quedaría más remedio que someternos a la voluntad directiva o marcharnos. La política actual del Partido Socialista no es, de mucho, nuestra política.

Desde fuera, hemos tenido la posibilidad de impulsar la formación de la Alianza Obrera, a pesar de la oposición del Partido Comunista, y a pesar del recelo, no superado aún, del Partido Socialista.

Desde fuera, podemos defender ahora la unidad integral del movimiento obrero en su triple aspecto de unidad de acción (Alianza Obrera), unidad sindical (**una sola Central sindical**) y unidad política (**Partido Marxista Único**), cosa que no podríamos hacer desde dentro con la libertad necesaria.

Y como, a nuestro entender, el eje de todas las perspectivas lo constituye ahora el problema de la unidad, comprenderán Carrillo y demás compañeros de las Juventudes Socialistas, que no estamos dispuestos a adoptar una posición que implique hipotecar nuestra interpretación doctrinal y táctica.

No hay que hacer un mito de las grandes organizaciones. Una política equivocada las lleva al precipicio. Véase lo ocurrido con la CNT en 1919 y en 1931. Y véase asimismo el caso de la Internacional Comunista, que en su reciente Congreso ha tenido que rectificar en su totalidad las posiciones que, en determinados sentidos, había tomado en 1928. De 1928 a 1935 la Internacional Comunista ha quedado reducida a un recuerdo. ¿Se quiere aún más ejemplos de organizaciones gigantescas que se han desmoronado? El Partido Socialista austríaco, el Partido Socialista alemán, la CROM mejicana, y así podríamos ir citando casos y casos. Procuren los jóvenes socialistas no dejarse embargar demasiado por el mito del volumen, pues es enormemente peligroso.

¿Por qué los camaradas socialistas, si están persuadidos de que son la mayoría aplastante, rehuyen la unificación? La unificación marxista, puesto que tendría que hacerse democráticamente, les aseguraría la mayoría absoluta en los puestos dirigentes. En último término, la unificación sería un movimiento táctico extraordinariamente hábil para acrecer en gran manera la fuerza actual del partido. ¿Por qué temen, pues, la unificación?

Si la tradición del partido es más fuerte en la izquierda socialista que su comprensión de las necesidades del movimiento obrero en general, entonces sus bases no son muy firmes y el porvenir le reserva más de una seria decepción.

Tengan en cuenta los camaradas socialistas que nuestra posición favorable a la unificación marxista va a ser reforzada muy pronto, aunque con otras intenciones, naturalmente, por la posición que adoptará el Partido Comunista, después del Congreso de Moscú. Moscú se ha dado cuenta, un poco tarde, como siempre, pero antes que la propia socialdemocracia, de la necesidad imperiosa del momento, del deseo general de las masas obreras, y se ha pronunciado por el Partido Único. Para Moscú, Partido Único, como Frente Único, es simplemente maniobra táctica para apuntalar su política exterior de alianzas con el capitalismo. Pero a pesar de todo, la nueva posición de Moscú es un paso adelante.

En nuestro país nos encontraremos, pues, los camaradas del BOC y de la Izquierda Comunista unificados, y el Partido Comunista oficial defendiendo la tesis de la unificación marxista. El Partido Socialista se encontrará entre tres fuegos. Digo tres y no dos: el Partido Obrero de Unificación Marxista, el Partido Comunista y las masas obreras del propio Partido Socialista.

El final no es dudoso. Si el Partido Socialista se resiste, surgirá dentro de él una nueva grieta, determinada por la cuestión de la unificación. Si al final acepta por fuerza, el hecho de hacerlo con retraso le quitará una fuerza moral que de otro modo pudiera usufructuar sin duda alguna.

Hemos entrado —lo hemos dicho varias veces y lo repetimos— en la fase histórica de la unificación. Este proceso será más o menos largo, pero es seguro que al final de todo habrá, pese a quien pese, unificación, o el movimiento obrero dejará de existir.

Resumiendo, pues, no hay ni puede haber una cuestión planteada de simple adhesión a este o aquel partido.

Es de la unificación de lo que se trata.

La unificación presupone convergencia de criterios, unidad fundamental de pensamiento.

A nuestro entender, las cuestiones básicas de un acuerdo posible con los socialistas son las siguientes:

Primera. Reconocimiento de la Alianza Obrera como organismo de lucha, de unidad de esfuerzos en su primera fase; insurreccional luego e instrumento de poder después.

Segunda. Necesidad de la unidad sindical formando una Central unitaria.

Tercera. La Revolución actual es democrático-socialista. Y como consecuencia, en la cuestión agraria y nacional se adoptará el punto de vista clásico del bolchevismo.

Cuarta. El partido unificado será un todo homogéneo, sin fracciones.

Si el Partido Socialista se pronuncia sobre esos puntos, que nosotros consideramos *sine qua non*, entonces la unidad marxista será un hecho inmediato.

P S— He dejado para lo último lo accesorio en los argumentos de Carrillo, es decir, todo aquello que se refiere particularmente a mí.

Dice Carrillo que mi escepticismo a propósito de la "bolchevización" del Partido Socialista está en contradicción con lo dicho en mi libro *Hacia la Segunda Revolución*. No veo la contradicción. En mi libro hice una crítica objetiva del Socialista se ha iniciado una rectificación trascendental." Decir que se ha iniciado no significa que se haya consumado. Esa rectificación comenzada, está muy lejos de tener asegurado el éxito, a causa, precisamente, de los titubeos de la izquierda socialista ante el problema de la unidad revolucionaria del movimiento obrero. Más adelante, Carrillo coge otra frase de mi libro: "El Partido Socialista austríaco se dio cuenta de la gravedad de la situación demasiado tarde." "El Partido Socialista español, en cambio, ha sabido reaccionar a tiempo y ponerse parcialmente en condiciones de poder combatir."

Esto, como Carrillo no ignora, se refiere a Octubre. Y la palabra *parcialmente* me parece que es muy elocuente. No ha sido escrita por azar.

No creo que haya, al menos yo no la veo, contradicción alguna entre lo afirmado en las páginas de *Hacia la Segunda Revolución* y lo dicho en los artículos de

"La Batalla", a propósito de la unificación marxista. En mi libro, página 241 de la segunda edición, se dice:

"En España no existe el gran partido marxista revolucionario, aunque no faltan los materiales para construirlo rápidamente; los partidos y núcleos marxistas existentes: Partido Socialista, Juventudes Socialistas, Partido Comunista, Federación Comunista Ibérica (BOC), Izquierda Comunista (trotskistas), tienen la obligación ineludible y apremiante de unificarse sobre la base no del confucionismo, sino, claramente, la del marxismo revolucionario. Alianza Obrera y Partido-Marxista Único serán dos llaves maestras que abrirán las puertas de la segunda revolución."

Esta tesis de mis libros ha sido la tesis de mis artículos en la polémica con el camarada Carrillo, polémica que lejos de alejar la unificación la aproxima. Podemos, para terminar, repetir la frase de Lenin:

"Antes de unirnos y a fin de unirnos, conviene que nos diferencemos."